

CAPITULO VII

Colón descubre a los caníbales, provoca sublevaciones de indígenas y españoles de Haití y crea el comercio de exportación de esclavos

El rey Juan II había expresado a Cristóbal Colón la sospecha de que sus descubrimientos y tomas de posesión no se hubiesen efectuado con violación de los tratados concluidos entre las coronas de Portugal y Castilla y las bulas pontificias que habían reservado a la actividad de los navegantes portugueses la ruta oceánica del oeste y del sur del Africa, por la cual esperaban llegar a las Indias del Preste Juan. Para poner fin a este nuevo litigio, consagrar los derechos adquiridos y asegurarse por adelantado la soberanía de las otras tierras que el Almirante iba a descubrir, los Reyes Católicos solicitaron el arbitraje de la Santa Sede. Por bula del 4 de mayo de 1493, el Papa Alejandro VI puso

*LA VERIDICA
AVENTURA*

provisionalmente de acuerdo a los rivales: había trazado una línea recta sobre el mapa del mundo, que iba de un polo al otro, pasando a cien leguas al oeste de las Azores y de las islas de Cabo Verde; todas las islas y tierras firmes al este de esta línea pertenecían a los portugueses; todas las del oeste a los españoles. ¡Sin darse cuenta de ello el Papa, que sólo creía distribuir islas, acababa de adjudicar a Castilla el Nuevo Mundo, aun no descubierto! Pero no les da el Asia, a la que él no cree que Colón haya llegado.

—Yo quisiera—dijo Francisco I, treinta años después—, ver la cláusula del testamento de Adán por el que nos prohibió a mí y a mis sucesores que tuviéramos parte en los dominios de América.

La bula había caído en desuso, por decirlo así diez años después de haber sido promulgada; no impidió a los portugueses, a los franceses, a los holandeses y a los ingleses que se establecieran en el Nuevo Mundo, y los españoles cesaron muy pronto de prevalerse de ella contra las empresas extranjeras de descubrimiento y de colonización.

Libre de todo cuidado por parte de Portugal, el gobierno castellano hizo reunir y equipar, para un segundo viaje de descubrimiento, una

flota compuesta de tres navíos de carga con puentes, uno de los cuales era del porte considerable de 1.250 toneladas; doce carabelas ligeras sin puentes, y otras dos mayores, a las que se podía adoptar puentes en caso de necesidad; en conjunto, 17 embarcaciones, algunas de las cuales habían sido construídas especialmente para la expedición, pues eran de muy poco calado y particularmente aptas para la exploración de islas. Llevaba esta flota un total de 1.200 a 1.500 hombres, comprendiendo entre ellos obreros, artesanos de todas clases, agricultores y algunos caballeros que se inscribieron como voluntarios; entre estos últimos estaban Juan Ponce de León, el futuro descubridor de las Floridas, Alonso de Hojeda, Pedro de Margarit, Alvarez de Acosta y Bernal Díaz de Pisa, alguaciles de la Corte, Maldonado, ex embajador en Roma, Juan de Luján y Sebastián de Olano. El almirante los arrastró con sus cuentos maravillosos y sus promesas.

Aunque Colón les asegura que no tendrán que batirse, estos caballeros se embarcan con sus escudos y sus espadas. Los artesanos lo hacen con sus herramientas; los agricultores, con plantaciones de árboles, simientes de legumbres y cereales y parejas de animales domésticos de España. Algunos misioneros suben a bordo

con sus crucifijos para la obra de evangelización, de cuya dirección está encargado el Padre Bernardo Boil, benedictino de Montserrat. También se embarca otro fraile, pero a título civil: el Padre Antonio de Marchena, uno de los dos cosmógrafos y cartógrafos de la expedición; el otro es Juan de la Cosa; ambos harán mapas exactos y no temerán ponerse en contradicción con el Almirante.

Los principales oficiales de la expedición son Alonso Medel, Alonso Pérez Roldán, Bartolomé Pérez y Pérez Niño, que mandan respectivamente la *Niña*, el *San Juan*, la *Cordera* y la *Gallega*. Colón lleva consigo al más joven de sus hermanos, Diego, que ha corrido a Castilla desde Italia al tener nuevas de que su hermano mayor era almirante y acababa de descubrir las Indias; también lleva al padre y al tío de su futuro historiador Las Casas.

Los fondos para la expedición provienen, en parte, de un préstamo de cinco millones de maravedises concedido por el duque de Medina-Sidonia, y, por otro lado, del oro, plata y joyas confiscadas a los judíos expulsados. La dirección administrativa está confiada a Juan Rodríguez de Fonseca, al que se nombró director de los negocios de Indias, ayudado por Francisco Pinelo, tesorero, y Juan de Soria, contador. Lo

que acaba de organizar el gobierno de la reina Isabel es una verdadera empresa de colonización. La mayor parte de los que se van a las islas tienen intención de quedarse en ellas.

La flota se hizo a la vela en Cádiz, el 25 de septiembre de 1493. Como en su primer viaje, Colón fué primeramente a las Canarias, en donde hizo varias escalas. El 13 de octubre, día de su salida de la isla de Hierro, es la verdadera fecha del comienzo de su segunda expedición.

Después de unos veinte días de navegación, un furioso viento del norte desvió a los navíos de la ruta que debía conducirles a Cuba y Haití, y los empujó hacia el sudoeste. Habían entrado en el archipiélago de las Pequeñas Antillas.

—Es preciso ponernos pronto en dirección de la Española—dijo el Padre Antonio a Colón—y dirigirnos a aquella isla sin detenernos en ninguna parte.

—Esto no urge—respondió el Almirante.

—¡Cómo! ¿No urge? ¿Y los compañeros que dejásteis allí hace más de diez meses? Ya deben desesperar de volveros a ver.

—No os inquietéis por su suerte. Reinan en una isla paradisíaca, y amontonan oro y piedras preciosas en su fortaleza.

El Almirante, al hallarse en nuevos lugares, no sabe exactamente dónde está la Española, y,

mientras espera encontrarla de nuevo, se decide a recorrer el archipiélago. ¡Quién sabe si en aquellos parajes va a encontrar la capital del Gran Kan! El Padre Antonio interroga a Juan de la Cosa.

—La Española—le responde éste—está más lejos, al Noroeste; su costa septentrional toca a los 20 grados de latitud, si no me engaño. Martín Alonso, que fué el primero que llegó a ella, señaló su posición exacta. El tenía un mapa que el almirante, que no ha hecho ninguno, no le pidió jamás, y que, sin duda está en manos de sus hermanos. Evidentemente, nuestro deber sería ir derechamente a la Española, pero el almirante no quiere. Tiene sus ideas...

Los primeros días de noviembre, el almirante descubre islas, pequeñas islas deshabitadas, a las que da nombres: Deseada, Dominica, Mari-galante; después, una mayor, la Guadalupe, rodeada de tres islotes; estas cuatro tierras están pobladas por hombres de la naturaleza que se han comido a los de las islas precedentes, hasta no dejar uno solo. Colón manda que desembarquen algunos marineros en Guadalupe, para tratar de ver a algunos indios y pedirles que les informen de los recursos del país, y les muestren la ruta de la Española. A su vista huyen los indígenas. Pero las mujeres corren al encuentro

de los extranjeros y les dicen por señas que los habitantes se comen a los hombres y hacen esclavos a las mujeres. Les ruegan con insistencia que las liberten. Dicen que el rey de Guadalupe había ido con diez grandes canoas y trescientos indios a recorrer las islas vecinas para apresar hombres y comérselos. Aquellas mujeres—confiesa cándidamente Fernando Colón—señalaron el camino de la Española.

Los expedicionarios penetraron en la isla y entraron en las cabañas de paja de aquellos indígenas. En ellas encontraron osamentas, piernas y brazos humanos y armas.

En una carta a Pomponio Laeto, Pedro Mártir cuenta así el descubrimiento de los caníbales, según la noticia que le dieron algunos personajes de la expedición:

«Os han hablado de los Lestrigones y de los Polifemos que se mantienen de carne humana; no dudéis de su existencia. Cuando desde las islas Afortunadas se va a la Española, torciendo algo el rumbo hacia el mediodía, hay un archipiélago considerable, poblado por feroces insulares, a los que llaman caribes o cañibales. Aunque desnudos, son temibles guerreros. El arco y la maza son sus armas favoritas. Tienen barcas labradas en el tronco de un solo árbol, que llaman canoas. Se sirven de ellas para desem-

LA VERIDICA
AVENTURA

barcar en las islas vecinas, pobladas por indígenas civilizados. Caen de improviso sobre sus aldeas, y se comen inmediatamente a los hombres que hacen prisioneros. En cuanto a los niños, los castran como nosotros hacemos con los pollos, y los dejan para que crezcan, los ceban, los degüellan y se los comen. Nuestros marineros penetraron en sus casas... De los postes que sostenían el techo estaban colgados salchichones y jamones de carne humana salada. Los españoles encontraron la cabeza de un muchacho recientemente cortada y todavía llena de sangre. En las marmitas, para ser hervidos en ellas con pedazos de pato y de papagayo, estaban algunos de los miembros de este muchacho; los otros, ensartados en palos, estaban dispuestos para ser asados.

Dejaron esta isla infernal el 10 de noviembre; en los días siguientes descubren islas, una de las cuales, la mayor, según dicen los indígenas que lleva a bordo el almirante, se llama Madanina y está habitada por mujeres. Colón no tiene duda: está ante la isla de las Amazonas. Pero desgraciadamente no puede acercarse a causa de un viento que sopla del Norte. ¡Otra vez será! Mas no; no será nunca a Madanina que será llamada Martinica. Se resigna; se entera de que los caníbales, una vez por año van a visitar a

las amazonas, pero no para comérselas. A su vuelta a España, le contará a Pedro Mártir todo cuanto le han dicho añadiéndole mucho que él inventará.

—En cuanto los niños quedan destetados—le dice—las amazonas envían a los muchachos a su padres, pero se quedan con las niñas. Estas mujeres conocen unas grandes cuevas en las que se esconden si algún hombre intenta visitarlas antes de la época convenida. Si se intenta forzar la entrada de esos suterráneos por medio de violencia o de astucia, ellas se defienden a flechazos, que saben disparar con mucha habilidad.

¡Qué incomparable descubridor es Cristóbal Colón! Pedro Mártir registra en su *De Orbe novo* esta nueva fábula, que le permite evocar a los tracios yendo a la isla de las Amazonas de la antigüedad; pero como no se deja engañar, termina: «Por lo menos, esto es lo que se cuenta. Yo os lo traslado».

Volvamos a los Lestrigones y Polifemos. Las islas son innumerables; se registran 46 en pocos días. Unas están desiertas, las otras pobladas; los indígenas de estas últimas se han comido a los de las otras. Pero así las que están cubiertas de bosques y praderas, y las estériles y secas, son todas tan pobres de recursos como San Sal-

LA VERIDICA
AVENTURA

vador. «Se piensa que contienen metales y piedras preciosas». Se piensa. Colón está seguro; morirá con esta tenaz ilusión. Pero hay una que va a tomar en circunstancias trágicas. Hasta entonces ha creído que los antropófagos eran unos cobardes y que tres o cuatro españoles bastaban para poner en fuga a varios millares. El primer encuentro con ellos en Guadalupe ha confirmado a los descubridores en esta opinión, y el doctor Chanca, médico de la expedición, escribe, en una carta al cabildo de Sevilla:

«Sus armas son flechas en lugar de hierros, porque no poseen ningún hierro, ponen unas puntas fechas de huesos de tortugas los unos, otros de otra isla ponen unas espinas de un pez, fechas dentadas, que así lo son naturalmente, a manera de sierras bien recias, que para gente desarmada, como son todos, es cosa que les puede matar e hacer harto daño; pero para gente de nuestra nación no son armas para mucho temer.»

Y, además, ¿qué importan estas armas de los primitivos, si sólo se sirven de ellas contra gentes indefensas? Pero, algunos días después, en otra isla, encuentran caníbales que tienen otras armas, arcos y flechas envenenadas y que no huyen de los españoles, a los que matan un hombre y hieren otro. Estos salvajes obedecen

a una mujer, que parece su reina, y a un hombre joven que hay a su lado, un mozo «de ojos feroces y atravesados, de rostro de león», dice Pedro Mártir, al cual hay que referirse continuamente para este viaje, del que Colón no ha escrito relato.

«Nuestros hombres—continúa el historiador *De Orbe novo*—, para no continuar más tiempo expuestos a sus flechas, prefirieron entablar el combate cuerpo a cuerpo. A fuerza de remos lanzaron sus barcas contra la canoa de los salvajes, y con el choque la hicieron zozobrar. La canoa se anegó, pero los salvajes se echaron al agua y, sin dejar de nadar, continuaron arrojando sus flechas con la misma rapidez, tan numerosas como antes. Llegados a una roca, a flor de agua, todavía siguieron luchando con valentía. Por fin quedaron prisioneros. Uno de ellos había sido muerto, y el hijo de la reina había recibido dos heridas. Conducidos al navío del almirante, no depusieron su salvaje y feroz actitud, lo mismo que los leones de Africa cuando se sienten aprisionados por las redes. No hubo persona que les viese sin que sus entrañas se estremeciesen de horror, hasta tal punto la naturaleza y su crueldad les han dado un aspecto repulsivo, infernal. Yo lo afirmo por lo que he visto, y conmigo cuantos han ido a Madrid para verlos.»

LA VERIDICA
AVENTURA

Pero estos salvajes repulsivos, infernales, algunos de los cuales, traídos prisioneros a España, hicieron estremecer de horror con su sola presencia a los madrileños, ¿no son los verdaderos, los únicos hombres de la naturaleza? Pues, por una curiosa inversión, Pedro Mártir de Anglería acaba de calificar, como hemos visto antes, de «civilizados» a los salvajes sin armas que llevan el pacifismo hasta dejarse comer.

El 16 de noviembre se llegó a una gran isla, que era el país de la mayor parte de las mujeres, esclavas de los caníbales, refugiadas en las carabelas; ellas llamaban a esta isla Boriquen; los españoles le dieron el nombre de Puerto Rico. Tomando la palabra de Pedro Mártir podríamos calificar a los boriqueños de «semicivilizados». Tenían armas, pero sólo hacían guerra defensiva. Eran muy pacíficos y no buscaban jamás querrela a sus vecinos «militaristas»; pero sabían combatir para rechazar a aquellos guerreros. No iban a conquistar manjar de carnicería a las otras islas, pero, cuando vencían a los invasores, cosa que sucedía algunas veces, se los comían. Los brutos militares tenían una marina, pero, fieles a sus principios, los milicianos de la defensa nacional no la tenían. ¿Para qué, si no querían salir de su tierra? Con se-

mejante política, los pueblos, civilizados o no, acaban por ser esclavizados o devorados.

El 18 de noviembre la flota está a la vista de la Española; sigue la costa, que va por el Norte desde el 22. Cinco días después el almirante llega al lugar en donde había hecho construir el fuerte de la Navidad, del que no quedaban sino astillas y cenizas. Los 38 españoles que Colón había dejado allí habían sido muertos por los hombres de la naturaleza. En la esperanza de que algunos hayan podido escapar y esconderse en los bosques, se hacen descargas de cañón y de fusil para advertirles de la llegada de sus compatriotas; nadie aparece, nadie responde; todos están muertos. El almirante envió algunos hombres en busca de Guacanagari, el cual, aunque estaba informado de la vuelta de los españoles, por el estrépito de la artillería, no se había presentado. Encontraron al rey tendido en una hamaca, con la pierna envuelta en un vendaje de algodón. El no era, dijo, el único rey, sino uno de los reyes de la isla y aun el menos poderoso; habían sido los otros quienes con una fuerza de insulares armados, habían atacado y tomado el fuerte y le habían prendido fuego después de haber matado a los 38 españoles. Guacanagari, que había acudido en socorro suyo, había sido herido por una flecha durante la lucha.

*LA VERIDICA
AVENTURA*

Al día siguiente, Colón envió a un ayudante del médico de la expedición para que visitase a este fiel aliado, a este rey de alma sensible: «Hizo levantar el vendaje—dice Pedro Mártir—y no vió ni herida, ni señal de heridas; pero le encontró en la cama, fingiéndose enfermo y rodeado por los lechos de siete concubinas. Esto le hizo sospechar que Guacanagari era el autor de la muerte de nuestros compatriotas; disimuló, no obstante, sus sospechas y consiguió que el rey acudiese el día siguiente, para que visitase al almirante en los navíos. Así lo hizo en efecto, y la entrevista fué de las más cordiales. De pronto, el rey vió a bordo a algunas de las mujeres que los españoles habían libertado de los caníbales, y habló «con mucha dulzura» a una de ellas, que sus salvadores llamaban Catalina. Todos esperaban que Colón retuviese al rey prisionero para hacerle expiar su crimen, pero le dejó partir. Durante la noche, Catalina y otras siete mujeres se echaron al agua, se pudo coger a tres de ellas; pero Catalina y las otras cuatro pudieron llegar a la orilla y juntarse con Guacanagari que se fué con ellas a la montaña, llevándose sus muebles. Al día siguiente, Colón tuvo el consuelo de hacer un tratado de buena amistad con otro rey o cacique.

Los agricultores que el almirante había lleva-

do, bien a pesar suyo, se pusieron pronto a la obra. Pedro Mártir, que comprende su importancia y que ya se ha dado cuenta de que Colón no ha descubierto las Indias, da detalles precisos, que sabe por los mismos colonos. En la margen del mayor de los ríos de la isla, «los españoles cercaron los terrenos que querían convertir en huertas. Plantaron en ellos toda suerte de legumbres, rábanos, escarolas, coles, lechugas y otras especies; diez y seis días después de la siembra, las plantas habían crecido por todas partes. Melones, calabazas, cohombros, podían cogerse a los treinta y seis días después de haber sido sembradas, y jamás los españoles las habían comido de tan buen gusto. Durante todo el año pueden tenerse de esta suerte legumbres frescas. Cañas de las que se extrae el azúcar, pero sin que el jugo sea cristalizado, daban en quince días nuevas cañas de la altura de un codo. Lo mismo sucedía con los mugrones y sarmientos puestos en tierra. Al segundo año, después de la plantación, se han comido excelentes racimos procedentes de estos sarmientos, pero a causa de su tamaño exagerado las uvas no eran numerosas. Cierta campesino sembró un pie de trigo candeal por los alrededores de las calendas de febrero, y, lo que es un verdadero milagro, a la vista de todos, el tercer día de las

*LA VERIDICA
AVENTURA*

calendas de abril, que este año caían en la víspera de Pascua, llevó a la ciudad un manojo de espigas maduras. Se puede contar con dos cosechas de cereales al año.»

Si Cristóbal Colón hubiese comprendido en dónde están las riquezas, la dicha de los pueblos y la civilización, sus votos se hubieran visto colmados, sobrepasados desde los primeros meses, y se hubiera convertido en un gran colonizador. Pero la agricultura no le interesa. Persigue perdidamente sus quimeras. Sueña que Haití es el Ofir de que se habla en el tercer libro de los Reyes—el Ofir cuyas minas han suministrado cargamentos de oro a Salomón—y envía por todos lados a caballeros como Hojeda y Luján, artesanos y marineros, en busca de aquellas minas, y, como siempre, los hombres vuelven con pepitas pacientemente recogidas en los ríos por los indígenas.

Diez años después, un joven caballero llamado Hernán Cortés, atraído como tantos otros por la sed del oro, llegó a Haití. El mismo día de su desembarco tuvo una clara inteligencia de todo y, renunciando al oro, pidió una concesión agrícola. En 1518, con la fortuna ganada en la agricultura y en la cría de caballos y de cerdos, equipó una flota; alistó varios centenares de marineros y aventureros, y fué a conquistar a

Méjico, le enriqueció llevando a él plantas, árboles y animales de Europa, y, por añadidura, descubrió en aquellas tierras minas de oro y de plata.

En diciembre, Colón mandó construir un nuevo fuerte que llamó Isabela. Poco a poco se fueron edificando algunas casas en las cercanías, e Isabela fué una pequeña ciudad, la primera, en fecha, del Nuevo Mundo. Dos meses después, el 3 de febrero de 1494, envió a España doce navíos mandados por Antonio de Torres para repatriar a los enfermos y traer nuevamente animales y provisiones diversas. Esta vez no ha podido dejar de rendirse a la evidencia: la reina, a pesar de que no ha hecho el viaje y conoce las islas sólo por el Diario del Descubridor, la reina tenía razón y ha sido previsora y prudente al decidir que formaran parte de la segunda expedición unos cuantos agricultores. La isla Española, el Ofir de Salomón, que es verdaderamente uno de los países más fértiles de la tierra, no puede sustentar a un millar de europeos a no ser que éstos vivan lo mismo que los salvajes. Solamente se han embarcado esta vez algunos agricultores; no han traído todo lo que es necesario a gentes civilizadas, y aun ha de pasar algún tiempo antes de que las huertas y los establos basten para las necesidades de

*LA VERIDICA
AVENTURA*

todos. Colón pide, pues, a los soberanos, víveres y animales para la reproducción y el consumo, y también medicamentos para los enfermos.

En suma: es indispensable organizar un servicio regular de carabelas entre la metrópoli y las islas para el avituallamiento de estas últimas. Pero, ¿cuál será la carga de regreso para que el descubrimiento reporte beneficios al Estado, a él mismo y a los grandes comerciantes, a los que ha hecho tantas promesas? En enero de 1494, nada ha adelantado respecto de lo que había realizado el año anterior, al terminar su primer viaje. No tenía montañas de oro, ni aromas, ni especias, ni piedras preciosas. Mientras espera encontrarlas, ¿cuál será la carga de regreso? La ha asegurado con la exportación de esclavos, mercancía que rendirá ganancias considerables, de las cuales él sacará su diez por ciento.

El negocio consistía, o él dice que va a consistir en la cacería de caníbales. Dice que tienen una inteligencia muy superior a la de los indígenas de Haití y de Cuba que no son antropófagos. Así, pues, cuando pasado cierto tiempo de esclavitud en España, hayan perdido la costumbre de comer carne humana, podrá enviárseles nuevamente a las islas, en donde serán buenos propagadores del Evangelio, y hasta ex-

celentes misioneros. ¡Se les instruirá y se les atenderá más que a los otros esclavos! Humboldt escribe que a este proyecto de propaganda, en el cual son tratados los caníbales con una predilección bastante extraña, sucede el proyecto formal y verdaderamente espantoso de establecer lo que llamamos hoy la trata de esclavos, fundándola en un cambio periódico de géneros y otras mercancías por seres humanos. Y en unas instrucciones que dicta el 30 de enero de 1494 a Antonio de Torres para que las ponga a la vista de los soberanos hace la siguiente propuesta:

«Diréis a Sus Altezas que el provecho de las almas de los dichos caníbales, y aun destos de acá, ha traído el pensamiento que cuántos más allá se llevasen, sería mejor, y en ello podrían Sus Altezas ser servidos desta manera: que visto cuánto son acá menester los ganados y bestias de trabajo, para el sostenimiento de la gente que acá ha de estar, y de todas estas islas, Sus Altezas podrán dar licencia e permiso a un número de carabelas suficiente, que venga acá cada año, y trayan de los dichos ganados y otros mantenimientos, y cosas para poblar el campo y aprovechar la tierra, y esto en precios razonables, a sus costas de los que las trugieren, las cuales cosas se les podrían pagar en esclavos de

estos caníbales, gente tan fiera, y dispuesta, y bien proporcionada, y de muy buen entendimiento, los cuales, quitados de aquella inhumanidad creemos que serán mejores que otros ningunos esclavos, la cual (inhumanidad) luego perderán que sean fuera de su tierra, y de estos podrán haber muchos con las fustas de remos que acá se entienden de hacer, fecho, empero, presupuesto que cada una de las carabelas que viniesen de Sus Altezas pusiesen una persona fiable, la cual defendiese las dichas carabelas, que non descendiesen a ninguna otra parte, ni isla, salvo aquí, donde ha de estar la carga y descarga de toda la mercadería. Y aun destes esclavos que se llevaren, Sus Altezas podrían haber sus derechos allá...»

Proyecto espantoso, en efecto, como dice Humboldt, por su objeto, tal como lo expone Colón y también por la duplicidad de alma y la ferocidad de que da testimonio cuando se sabe cómo va a ajecutarlo el almirante.

La esclavitud existía entonces en Europa, sobre todo en los países mediterráneos, en donde los corsarios musulmanes cautivaban mujeres y hombres cristianos, que vendían en los mercados de su país. Por su parte los cristianos reducían a esclavitud a los musulmanes prisioneros de guerra, y los corsarios se dedicaban a trafi-

car con ellos. Los portugueses traían negros de Guinea. Pero el número de esclavos era relativamente reducido en Europa. Cristóbal Colón es, pues, el primero que tuvo la idea de hacer las cosas en grande y de organizar en nombre del gobierno real, en provecho de éste y en el suyo propio, verdaderas cacerías que no estaban justificadas legalmente por el estado de guerra. Porque miente cuando escribe que sólo enviará a España prisioneros autores de muertes de españoles, y, principalmente, caníbales. Apenas si tiene una docena de antropófagos prisioneros. Sus víctimas serán los indígenas de Haití que no comen carne humana. Su mentira aparece tan flagrante que ya tiene intenciones de exportar mujeres, muchachas y niños. En suma, nadie, antes que él, había osado disimular sus planes verdaderos bajo razones evangélicas y humanitarias, y después nadie ha obrado con tanto cinismo.

★ ★ ★

A fines de marzo, a la vuelta de una expedición al interior de la isla, que tampoco había dado resultados apreciables, Colón prepara un nuevo viaje de descubrimientos, pero su objeto

principal es volver a Cuba. La situación de la Española exige desde luego la presencia del jefe. La revuelta anda por todas partes, lo mismo entre los indígenas que entre los españoles. Se diría que las decepciones multiplicadas del almirante se resuelven en rabia contra los indios. Abre la abatida contra ellos y da suelta a las jaurías. Necesita esclavos para someterlos a duros trabajos forzados en los ríos donde hay oro y en la montaña donde siempre ha esperado encontrarlo; necesita esclavos y esclavas, para distribuirlos a los agricultores, a los caballeros y a los aventureros que le han seguido.

En la pequeña colonia española todo va de mal en peor. El Almirante, incapaz como marino, lo es todavía más como administrador. Por otra parte, no tiene el don de mando y no sabe hacerse simpático; con su dureza de corazón, que llega hasta la crueldad, indispone a todo el mundo contra él, y, en aquellos primeros meses de 1494, como nunca. Ya dijimos, hablando de la huelga de marinos, resuelta sólo por la intervención de Martín Alonso Pinzón, que Colón pudo, gracias a algunas cualidades que son un enigma de la historia, seducir a muchos magnates, cortesanos, grandes damas, prelados, frailes, profesores y hasta a sabios, y a una reina inteligente; pero que no pudo ejercer

ningún ascendiente sobre los hombres de mar, incluyendo entre éstos a los más humildes, que le ven manos a la obra. En tierra, la incapacidad y los otros defectos del gobernante y administrador producen los mismos efectos que los del almirante en el puerto de embarco y en alta mar.

El irascible gobernador comienza por un conflicto con el Padre Boil y sus misioneros, que fieles a las instrucciones de la reina, le hacen reproches por sus crueldades contra los indios. En seguida priva a los religiosos de víveres.

Cierto es que todo el mundo está a ración. Con la esperanza de obligar a partir a los españoles, los indígenas han dejado de cultivar la tierra y no viven más que de frutos, plantas y raíces que crecen espontáneamente; pero semejante alimentación no basta a los civilizados. Hay epidemias: los españoles comunican a los indígenas enfermedades contagiosas, hasta entonces desconocidas en las Antillas y se infectan a su vez con las de los indígenas—una por lo menos—que, según se dijo, no había existido en Europa; la propagación se hace sobre todo por las mujeres. La muerte siega a los indios que, como pertenecen a una raza más débil, ofrecen menos resistencia al mal.

En estas condiciones deja el 24 de abril el go-

bierno de la Española, en donde era su deber continuar, confiándolo a una junta presidida por su hermano Diego, y parte con tres carabelas. Volvía a su quimera. Iba hacia Cuba en busca del emperador y de la capital de la China. Tomó, pues, la dirección del oeste, llegó a Cuba, cuya costa meridional recorrió. Cerca del puerto de Tarquino tomó hacia el sur, y el 13 de mayo se descubrió la Jamaica. Después volvió a la costa cubana para continuar la exploración. Las carabelas navegaron no sin dificultad entre bajos y arrecifes, y entraron en un archipiélago compuesto por numerosos islotes que Colón llamó el Jardín de la Reina.

—¡Lo menos hay mil!—exclamó el Almirante iluminado. Este es el archipiélago de las mil islas descrito por Marco Polo.

Su imaginación, sobreexcitada, da un salto y le lleva al espacio. Después del Japón le ha hecho descubrir el norte de China; ahora está al sur. Algunos días después está en la parte de Cochinchina, sin haberse apartado de Cuba ni del Jardín de la Reina.

«Colón—dice el autor *De Orbe novo*—creía haber llegado a la parte del globo que tenemos opuesta, muy cerca del Quersoneso de Oro, situado con respecto a nosotros en el oriente, más allá de Persia. Piensa, en efecto que, de las do-

ce horas que recorre el sol cuando ignoramos su curso, no ha dejado de ver sino dos. Sabido es que los antiguos no habían seguido al sol sino en la mitad de su carrera, ya que sólo conocían la mitad de la tierra situada entre Gádex y el Ganges, o aún hasta el Quersoneso de Oro. En esta navegación el Almirante encontró dos corrientes marítimas impetuosas como torrentes, torbellinos y grandes hoyas, sin hablar de los peligros que corrió a causa de la multitud de islas vecinas; pero no tuvo en ninguna cuenta estos riesgos y se resolvió a avanzar hasta vencerse de si Cuba era isla o continente.»

El Almirante «cree», «piensa», escribe Pedro Mártir de Anglería, que refiere lo que él le ha contado; pero no le da fe. Colón no necesita avanzar a lo largo de las costas para estar seguro de que Cuba es continente. Lo sabe; está seguro de ello desde el primer viaje. El descubrimiento de las mil islas chinas de Marco Polo es otra prueba de que aquellas costas forman parte de Asia.

El día 12 de junio, sucedió un hecho sin ejemplo en la historia más de treinta veces centenaria del descubrimiento del mundo. Colón, que no cesaba de afirmar que Cuba es continente, envió al notario real a las tres carabelas, para recoger la declaración de todos los mari-

nos, inclusive los pilotos, que, sea por complacer al Almirante, sea por intimidación, declararon el mismo hecho, bajo juramento. Se levantó acta notarial de sus declaraciones, y en ella se especificó que si alguno, después de haber jurado, pretendía lo contrario, es decir, que Cuba es isla, le sería cortada la lengua y, además, pagaría una multa de diez mil maravedises si era oficial, o recibiría cien latigazos si era un simple marinero.

Había a bordo de una de las carabelas un sacerdote instruído en cosmografía que se atrevió a decir que Cuba era una isla porque así lo pensaba; Colón le impidió volver a España. Pero no podía secuestrar a Juan de la Cosa que había recibido de la reina el título de cosmógrafo de la expedición. Al volver a España, y sin miedo de que le fuera cortada la lengua—pues el acta notarial se consideró nula—compuso una carta del mundo cuyas copias se extendieron por toda la Europa culta. La isla de Cuba figura en ella, y en las tierras indeterminadas, de las que está separada al Oeste por el Océano, el cosmógrafo no escribió nombre alguno.

Entre los apologistas de Colón—podíamos decir sus «hagiógrafos»—del siglo XIX, que no pasan en silencio su gran error, dicen que éste era obligado, inevitable y que sólo hubiera podido

librarse de él por revelación divina. Pero entonces, Juan de la Cosa, el sacerdote que pagó con su libertad su imprudente franqueza, y todos los contemporáneos que, al regreso, no quisieron dar fe a las extravagancias de la geografía colombina, ¿habían sido favorecidos con esta revelación de lo alto que el embajador de Dios no tuvo jamás? De haber continuado su navegación al Oeste o al Norte de Cuba, Colón hubiese llegado al continente—a Tucatán o a la Florida—en un solo día. Pero va errante, al azar, de una isla a otra, sin saber dónde está ni adónde va, a no ser que saberlo sea saltar imaginaria y bruscamente del Japón al Golfo Pérsico sin ningún otro motivo que la dirección de una corriente o la vista de un archipiélago y la obsesión de Marco Polo y de Mandevilla. Entre tanto, la tripulación, viendo que las provisiones se agotan y que el almirante no habla del regreso, empieza a quejarse.

Por fin el 16 de julio las carabelas toman el camino de la Española, pero son arrojadas en dirección contraria por un huracán. Durante muchas semanas, casi cada día, son asaltadas por borrascas y tempestades, y hasta el 20 de agosto no llegan a la Española en una región todavía desconocida del Oeste. Exploran la costa y tardan en llegar a la Isabela hasta el 29 de sep-

LA VERIDICA
AVENTURA

tiembre, después de cinco meses de ausencia. Colón, enfermo desde hace algún tiempo, es llevado en su cama, y pasa cinco días y cinco noches en una letargia completa.



«Estando el almirante en la Española—dice Fernando Colón—encontró allí a su hermano Bartolomé que venía de España... Sabedor de que el almirante había descubierto nuevas islas y de que había regresado a España, se apresuró a ir a juntarse con él, pero, en llegando a Sevilla, halló que había partido con 18 navíos. Entonces nos presentó a mi hermano y a mí para pajes del príncipe D. Juan. En seguida el rey le envió a la Española con tres barcos, y el almirante, a su regreso de la conquista de Cuba, le nombró adelantado de las Indias.»

Hemos visto que, en aguas de las Pequeñas Antillas, Cristóbal Colón ya no sabe dónde está la Española. Y he aquí que su hermano, que no había formado parte de la primera expedición, llega a ella directamente y sin vacilar. Se había procurado, pues, una carta exacta hecha por uno de los pilotos de este primer viaje, o, lo que

viene a ser lo mismo, este piloto que había determinado la posición de las islas, estaba a bordo de su navío.

Las tres carabelas habían llegado, con nuevos colonos y un cargamento de provisiones de todo género, algún tiempo después de la partida de Colón. Durante su ausencia, la crisis se había agravado. Los españoles, amargados por las decepciones, las privaciones y las enfermedades, se hallaban divididos en numerosos bandos enemigos, en lucha los unos con los otros.

Los indios estaban en plena revuelta. La anarquía era completa. El Padre Boil y Pedro Margarit, que eran los dos más excitados contra Colón, se apoderaron de las carabelas de Bartolomé y se volvieron a España, con cierto número de partidarios suyos, para exponer sus quejas a la Corte.

El almirante estaba ya restablecido cuando llegaron cuatro carabelas de avituallamiento al mando de Torres. Este entregó a Colón la respuesta de los soberanos a las proposiciones de que había sido portador. Todas eran aceptadas, algunas con acompañamiento de consejos o de ligeras modificaciones. Todas, menos una: la que se refería al envío de esclavos, a la que los Reyes Católicos se reservaban contestar ulteriormente. En posesión de esta respuesta, Colón hizo cargar las carabelas de centenares de esclavos.

*LA VERIDICA
AVENTURA*

que no eran caníbales sino habitantes de la Española, y que no todos habían sido hechos prisioneros de guerra, puesto que entre ellos figuraban mujeres, muchachas y niños de doce años. Estos desgraciados fueron amontonados en los navíos, desnudos y mezclados como en rebaño, y enviados desde la Española el 24 de febrero de 1495. Un gran número de ellos murió en el camino. Quinientos supervivientes fueron puestos en venta en Sevilla con autorización del Gobierno. Cuatro días después, la venta se suspendía por una cédula del 16 de abril de 1495, en la que se ordena no aceptar el precio, aunque, previa consulta de teólogos y canonistas, la Corona pueda tomar una determinación general sobre la licitud o ilicitud del negocio. Se prevenía a Torres que exhibiese la cartas del almirante para que Sus Altezas se enteraran de las causas que tuvo Colón al ordenar la remisión de aquellos hombres.

¡Aquellos hombres! La reina cree que los quinientos esclavos son todos hombres, prisioneros de guerra, cuya venta autorizan tanto la ley como las costumbres; y, de hecho, Isabel dará, más tarde, permisos de venta a algunos otros descubridores. Pero en abril de 1495 tiene escrúpulos. Y no sabe todavía que centenares de indios inofensivos, mujeres y niños, han sido

desembarcados, completamente desnudos, por orden de su almirante, en un clima que no es el de los trópicos y después de un mes de invierno en pleno océano; no sabe que morirán todos antes de que ella pueda tomar medidas para repatriarles.

Este acto de barbarie provocó la indignación de todos cuantos asistieron al desconsolador espectáculo del desembarco y del mercado de las mujeres. Se halla eco de ella hasta entre los amigos de Colón. El cronista Bernáldez, cura de los Palalacios, que le hospedó al regreso del segundo viaje, tiene palabras en las que la sonoridad de la lengua castellana parece velada por las lágrimas derramadas al escribirlas:

«Quinientas ánimas de Indios e Indias, dende doce años hasta treinta y cinco... e vinieron así como andaban e su tierra, como nacieron...»

Y otro sacerdote, el gran apologista, el creador de la leyenda colombina, Las Casas, escribiendo el capítulo de la muerte de Colón dejó caer de su pluma episcopal una condenación, «diciendo que sus infortunios eran el justo castigo de sus procedimientos con los indígenas».

Los apologistas del siglo XIX, que han hecho de Colón el genio más grande y más puro de la humanidad, callan este episodio. Hablan de un proyecto para reducir a esclavitud a los caní-

*LA VERIDICA
AVENTURA*

bales, proyecto, dicen ellos, que no tenía nada de extraño ni de ilegal en aquella época. Acabamos de ver quiénes fueron los esclavos y cuáles eran la ley y las costumbres. En cuanto a los envíos ulteriores de indios a España, si hablan de ellos es para echar la culpa a otros.

No obstante, los documentos hacen imposible toda confusión, ya que Colón reincidió, con la esperanza de que aquellos de sus protectores en la corte que eran cómplices suyos, acabarían por convencer a la reina u obligarla. Al regreso de segundo viaje, trajo consigo esclavos. Algún tiempo después, su hermano Bartolomé, que ejecutaba sus órdenes y era, por otra parte, tan violento y cruel como el almirante, remitía trescientos más. En suma, tenemos el testimonio de Las Casas que no es sospechoso en esta ocasión, ya que, para decir verdad, acusa a su héroe, y sus acusaciones son corroboradas por otros contemporáneos. En una memoria dirigida a Carlos V en 1543, y sometida a una asamblea de prelados, reunidos para estudiar la reforma de los abusos cometidos en las islas occidentales, el obispo de Chiapas escribe que la serenísima y bienaventurada reina Doña Isabel, digna abuela de S. M., no quiso consentir jamás que los indios tuviesen otros señores fuera de ella misma y de su augusto consorte el rey Don Fer-

nando. Y habla de un hecho «como por las cartas postreras del Almirante, que vinieron en los dos dichos navíos, supiese la Reina, de gloriosa memoria, que el Almirante había dado a cada uno de los que allí venían un indio por esclavo, y que, si no se me ha olvidado, eran trescientos hombres, hobo muy gran enojo, diciendo estas palabras: ¿Qué poder mio tiene el Almirante para dar a nadie mis vasallos? Y otras semejantes. Mandó luego apregonar en Granada y en Sevilla, donde ya estaba la corte, que todos los que hobiesen llevado indios a Castilla, que les hobiese dado el Almirante, los volviesen luego acá, so pena de muerte, en los primeros navíos, o los enviasen.»

El año siguiente, algunos indios vendidos en Sevilla fueron devueltos, por los cuidados de la Reina, a las islas natales, y, cuando Colón partió para su último viaje, le renovó la prohibición de traer esclavos.



Como para justificar la frase de Las Casas acerca del castigo divino que Colón merecía a causa de sus crueldades, el curso de sus infor-

*LA VERIDICA
AVENTURA*

tunios se acelera a partir de la fecha del desembarco en Sevilla de los quinientos desventurados indios e indias. En el mismo mes de abril de 1495, y antes de conocer en sus circunstancias agravantes todos los pormenores de este primer drama de la trata de esclavos, la Reina Isabel revocó, de hecho, el privilegio exclusivo que había concedido al almirante para hacer viajes de descubrimiento en el Océano Atlántico, al occidente de las Canarias y de las Azores, y, por este acto, dió un impulso nuevo al movimiento que iba a llevar a España hacia el Nuevo Mundo y que amenazaba detenerse.

Cristóbal Colón es el iniciador. Abre una ruta marítima partiendo para el descubrimiento de Antilia y creyendo que había ido más allá de esta isla. Pero, por su geografía quimérica, por la obsesión que tiene de poner sus descubrimientos de acuerdo con las teorías de Aristóteles y de Séneca y con los relatos de Marco Polo y de Mandevilla, se ha condenado a la esterilidad. No sale ya de sus islas; anda por ellas en busca de las maravillas de la fábula. Navega al azar por el archipiélago, y de una manera tal, que podría decirse de él que se agita sin abandonar el sitio en que está. Sin embargo, otros navegantes, alguno de ellos compañero suyo en el primer viaje, se habían dado cuenta de su

incapacidad y querían seguir adelante. ¿Qué hay continuando hacia el oeste, más allá de Cuba? ¿Otras grandes islas o el Asia? No se sabe, pero se quiere saber y se sabrá. Hay una cosa cierta: Colón se engaña; Cuba no es el Asia. El 10 de abril Isabel declara libre la navegación y el comercio en las tierras descubiertas y por descubrir. Aquel mismo año y los siguientes, algunos navegantes piden autorización para partir; otros no la solicitan: son los amantes de aventuras clandestinas que, a veces, se adelantan en las tierras desconocidas a los que obran de acuerdo con la Corona. Entre estos últimos los hay que prescinden de la ayuda del Estado, en navíos y dinero; tal fué Pedro Alonso Niño, compañero de Colón en los dos primeros viajes, que equipó una carabela por su cuenta; es pobre, pero encuentra en Sevilla banqueros que tienen confianza en él y le prestan el dinero en condiciones onerosas. Vicente Yáñez Pinzón, que en el transcurso del mismo año vuelve de Levante, a donde había ido con una misión de los Reyes Católicos, arma una flotilla y va, por cuenta de la corona de Aragón, a descubrir como los otros, en el occidente del mar Océano. Américo Vespucio, uno de los directores de la casa de Banco y Comercio de su compatriota Juanoto Berardi, muerto en esta época, se em-

*LA VERIDICA
AVENTURA*

barca también y llegará al continente antes que Cristóbal Colón, y aun le dará su nombre.



En aquel mismo mes de abril de 1495, incuestionablemente funesto para el descubridor de las Antillas, la reina, inquieta por las noticias que le llegaban de Haití, envió a un administrador interino Diego Carrillo, para el caso en que Dios hubiese dispuesto del almirante, pues había corrido el rumor de su muerte. Este vivía, pero con dificultades cada vez mayores, a causa de su incapacidad administrativa y de sus crueldades. Hacía un año que la revuelta iba extendiéndose por la isla. En abril era general. Colón se dirige con todos sus hombres armados contra los indios que manda el cacique Caonabo, derrota a la muchedumbre intimidada por la artillería española, logra dispersarla y hace prisionero a Caonabo. Esto basta para que se acabe la rebelión. Los indígenas serán por algún tiempo los esclavos más sumisos. Se obtendrá de ellos cuanto se quiera: todo cuanto su debilidad física les permita soportar hasta la muerte.

«Después de la prisión de Caonabo y de toda

su casa, dice Pedro Mártir, el almirante resolvió recorrer la isla entera. Supo entonces que los insulares sufrían de una hambre tan atroz, que ya habían sucumbido más de 50.000 personas y que morían cada día, como mueren los animales en tiempo de epizootia. Se supo que esta calamidad la sufrían por su propia culpa.»

En efecto, como hemos visto, para forzar a los españoles a dejar su isla, habían abandonado todo trabajo agrícola; no solamente no hacían siembras, ni plantaciones, sino que habían destruído y arrancado lo que estaba ya sembrado de dos especies vegetales, con que hacían el pan. La devastación había sido tan completa, que un oficial enviado en reconocimiento con soldados a la costa meridional, refirió que todos los lugares que había recorrido sufrían de tal hambre que durante seis días él y los suyos habían comido raíces de hierbas y de plantas pequeñas, o frutos de los árboles que crecen en la montaña.

Entre tanto, se había encontrado oro que no era de las arenas de los ríos. La región montañosa de Cibao contenía ciertamente yacimientos. Unos exploradores se habían proporcionado un trozo de oro virgen. «Era más grande que el puño, dice Pedro Mártir, y pesaba veinte onzas. Había sido encontrado por un cacique, no

en la margen de un río, sino en un terreno árido. Yo lo he visto con mis ojos en un mercado de Castilla la Vieja, en Medina del Campo, en donde la Corte pasaba entonces el invierno; yo lo he tenido en mis manos con gran admiración; lo he sopesado y lo he palpado.»

Se prosiguió activamente la exploración. «El Almirante, añade el cronista, envió a su hermano Bartolomé con algunos mineros y soldados a las minas de oro que, según indicaciones de los naturales, habían sido halladas a sesenta leguas de la Isabela. Hallaron en aquel sitio pozos abiertos hacía mucho tiempo. El Almirante creyó, por lo mismo haber dado en esas minas con los tesoros que, el Antiguo Testamento, Salomón, rey de Jerusalén, dice haber encontrado en el Golfo Pérsico.»

Este encuentro es para el espíritu del Almirante una nueva ocasión de volar a sus nubes bíblicas y geográficas.

«¿Es esto falso?», se pregunta el escéptico autor *De Orbe novo*. Y responde con desenfado: «No me incumbe a mí el decidirlo.» Después completa las noticias que Colón le ha dado:

«Los mineros, pasando por un tamiz la tierra seca que habían amontonado, recogéndola de varios puntos, afirmaron que habían reunido tan gran cantidad de oro escondido en aque-

lla tierra, que un obrero minero, empleado en ese trabajo, podría fácilmente beneficiar tres dracmas de oro por día.»

Pero si hay tanto oro en las islas, ¿por qué el Almirante ha traído sólo un puñado de su primer viaje y por qué la recolección del segundo no será mucho más fructuosa? Se le hizo la pregunta; se le hará nuevamente. El ha contestado y seguirá contestando:

—Por lo pronto aun no he tenido tiempo de explorar detenidamente todas las islas que he descubierto. Necesitaría más de cincuenta años. Además, todos los españoles que han ido conmigo a las islas y a la tierra firme del Asia son unos haraganes que se preocupan más de dormir y de solazarse, y más de sediciones y desconciertos que de paz y reposo. Finalmente, ante todo, era necesario vencer y domar a los insulares y quebrantar sus fuerzas. Sólo la comarca de Cibao contiene tanto oro que apenas me atrevo a decirlo. Un explorador ha encontrado más de cincuenta ríos auríferos. Donde quiera que se busque, hasta en la superficie, hay tesoros. ¿Qué será cuando se practique una mina en toda forma? Desde este instante mis soberanos pueden ser considerados como los monarcas más dichosos y más ricos del mundo, pues hasta nuestros días no se ha visto ni oído

LA VERIDICA
AVENTURA

nada semejante en la tierra, y, en verdad, en el próximo viaje que haga mis bajeles serán portadores de una cantidad tan grande de oro que causará espanto. Todo se verá y se hará a su debido tiempo, con ayuda de la Santísima Trinidad.

Pero he aquí que hace ya más de dos años que está por segunda vez en las Indias, en donde ha explorado y reconocido centenares de islas. Se han establecido comunicaciones regulares con la metrópili, que envía a los españoles de Haití carabelas cargadas de provisiones y de municiones, y el almirante no tiene nada que dar en cambio. ¿No se cansarán los reyes Católicos de gastar tanto dinero? Colón les dará más oro del que pueden desear... Pero más tade. ¡Ah! Si mientras tanto, alguno de sus protectores, por ejemplo, los primeros con quienes habló del asunto de la exportación de indígenas, Gabriel Sánchez y Luis de Santángel, ayudados por algún buen casuista, pudieran convencer a la reina, demasiado sensible, y curarla de sus escrúpulos. Computa los beneficios que el negocio podría reportar en una sola región de Haití, y escribe que puede exportar, con ayuda de la Santísima Trinidad, tantos esclavos cuantos fuesen necesario para abastacer el mercado. Valdrían veinte millones de maravedises. Lo cree

porque en Castilla, en Portugal y en otras partes quieren muchos esclavos y no los reciben de Guinea en número suficiente.

¡Veinte millones—de los que dos serían para el almirante—solamente en la región de Jaquimo! Si la reina quisiera... ¡Ay! La reina acaba de enviar a Haití al juez pesquisidor Juan de Aguado, encargado de examinar públicamente la gestión de Colón. ¡La reina no tiene, pues, confianza en él! ¡Ha escuchado a sus enemigos y calumniadores, el Padre Boil y Margarit, y ya no es el dueño en su casa, en aquellas islas, en su virreinato. Naturalmente, el orgullo de Colón no puede permitir que se le haga objeto de una investigación, ni verse obligado a responder a preguntas ofensivas que le hace un individuo con poderes de juez de instrucción, lo mismo sobre él que sobre los demás habitantes. Surgen conflictos, escenas violentas, negativas a responder, tentativas de intimidación de testigos, promesas y amenazas. Juan de Aguado prosigue paciente-mente una interminable investigación. Al cabo de algunos meses, Colón, no pudiendo sufrir más, y comprendiendo que en la Corte es donde debe defenderse, tomando la ofensiva, decide volver a España.

Parte de la Española el 10 de marzo de 1496 con dos carabelas, trayendo doscientos pasaje-

LA VERIDICA AVENTURA

ros, la mayor parte enfermos, y treinta esclavos, entre los cuales se halla el cacique Caonabo que murió en la travesía. En el momento de su partida, cometió uno de esos errores de navegación a que estaba acostumbrado. En lugar de hacer rumbo, como al regreso del segundo viaje, hacia el Norte de la isla, donde hubiese hallado los vientos alisios, caminó hacia el Sudeste y se metió en el inmenso archipiélago de las Pequeñas Antillas, en donde los vientos le fueron desfavorables. Volvió a las guaridas de los caníbales. Al cabo de un mes de marchas peligrosas en medio de un mar agitado, no había salido aún de allí. Se diría que no tuvo más preocupación que huir de la gran isla colonizada, en la que muy pronto no habrá para él sino enemigos y jueces. Erraba, llevado por su mala ventura, con la esperanza siempre tenaz de un milagro geográfico, del hallazgo de una montaña cuyas faldas, minadas dos mil quinientos años antes por los mineros del rey Salomón, le ofreciesen oro bastante, en un solo día, para llenar una carabela. Entonces volvería a la Española y vendría de nuevo con toda la flota al pie de la montaña para sacar de ellas todos sus tesoros.

¡Qué entrada en un pueblo español! Los Reyes Católicos, seguidos de su Corte, vendrían a re-

cibir a su almirante en el muelle donde brillarían montones de oro nativo.

Entre tanto, el 10 de abril, fecha en que hubiera podido estar ya en un puerto andaluz, o al menos, en las Canarias, si se hubiese tomado el buen camino, se hallaba frente a la Guadalupe. Los víveres estaban casi agotados y todavía quedaba por delante un mes de navegación antes de alcanzar un puerto español o portugués en que poder avituallarse suficientemente. ¡Más de doscientas cincuenta personas que era necesario sustentar durante cuatro o cinco semanas! ¡Hay algo más lamentable y más insensato que este viaje de regreso?

Pasajeros y marineros, llenos de inquietud, murmuran, se lamentan, protestan. Ya que Colón no ha hecho un solo viaje sin que hubiese a bordo de su barco descontento y manifestaciones precursoras de revuelta entre unos tripulantes que habían sido, y serían siempre, tan valientes y disciplinados bajo el mando de otros jefes. ¿Qué van a hacer? ¿Volver a la Española? Jamás puede saberse con anticipación lo que ha decidido el almirante. El mismo, en este caso, no lo sabe. En fin, antes que volver a la colonia, manda desembarcar en la Guadalupe para tomar provisiones. Es la isla en que los caníbales son más temibles por ser más numerosos.

*LA VERIDICA
AVENTURA*

El almirante pasó en ella diez días; diez días de lucha a mano armada con los salvajes y de empeños para proveerse de víveres.

Finalmente, después de embarcar los que había pódido hallar y que hubieran sido suficientes para una travesía feliz y rápida, se hizo a la vela el 20 de abril, salió del archipiélago y tomó el rumbo del Este. Durante más de un mes las carabelas tuvieron que luchar contra vientos y tempestades. Por segunda vez amenazó el hambre, pues los víveres estaban casi agotados, y todavía faltaba mucho para llegar a tierra. Se distribuían raciones insuficientes. Todos a bordo se habían exasperado por este interminable y terrible viaje, por los sufrimientos de toda clase, por la privación de víveres, y, sobre todo, por el temor del hambre, que aparecía cada día más cercana. Algunos marineros, perdiendo la razón, hablaban de echar a los indios al mar y hasta de comérselos. Más de la mitad de los desgraciados haitianos habían muerto de hambre o de frío cuando, el 11 de junio, las dos carabelas entraron en el puerto de Cádiz.

Por culpa del almirante, la travesía fué de tres meses, durante este tiempo, los españoles de Haití han recobrado esperanzas. La salud pública ha mejorado, los agricultores plantan,

siembran y cosechan; los indígenas pagan tributos en especie. Se encuentra oro; no es el Perú —ya que la verdadera riqueza de la isla será la agricultura y la cría de ganado—, pero de todos modos se encuentra.

CAPITULO VIII

Un Don Quijote que se ha aficionado con exceso a las novelas de caballerías marítimas y bíblicas, y un almirante que merece la horca

En la mañana del 11 de junio de 1496, los habitantes de Cádiz acudieron en tropel hacia el puerto, en el que habían entrado dos carabelas que volvían de las Indias, y asistieron al desembarco de tripulantes y pasajeros. Fué el espectáculo más triste que habían visto en su vida. Todos los que sentaban su planta en tierra firme—marineros, señores y artesanos—presentaban el rostro pálido, la tez amarilla, los ojos febricitantes de las personas consumidas por las dolencias y la falta de alimento. Muchos de ellos tuvieron que bajar apoyándose en los menos abatidos. Los gaditanos, curiosos y caritativos, se

*LA VERIDICA
AVENTURA*

apresuraron a socorrerles, y, llenos de compasión, llevaron a sus casas a los más enfermos para reconfortales. Un adolescente llamado Oviedo, el futuro cronista del descubrimiento, que asistió a este desembarco, guardó de él una impresión que no se borró jamás. Volvían enfermos, deshechos y de tan mal color que más parecían muertos que vivos. La tierra y el país de las Indias quedaron tan desacreditados que nadie quería emprender un viaje, así ofreciera el rey todos los tesoros, pues aun la soberanía sobre un imperio era nada si había de pagarse con la salud.

—¿No habéis traído salvajes?—se preguntaba a los marineros.

—Muchos han muerto en el mar; pero aún nos quedan algunos. Vais a verlos.

—¿Y el Almirante?

—Está ataviándose. También bajará.

Y vieron bajar a unos quince indios, llenos de plumas, con el torso y las piernas desnudos y llevando al cuello un collar que parecía de oro. Algunos levantaban entre sus manos grandes máscaras extrañas e imágenes de madera y de algodón. Detrás de ellos marchaba, aislado, un fraile franciscano de larga barba blanca.

—¡Otro Padre que no ha querido quedarse en las islas!—murmuraba la muchedumbre.

—¡No, no!—exclamó un caballero que, aún sostenido por dos mocetones del puerto, apenas podía tenerse en pie—. No es un religioso; es el Almirante.

¡El Almirante! En estas tristes circunstancias Cristóbal Colón había pensado, como al regresar de su primer viaje, en su publicidad, y había preparado un aparato, una mascarada de mal gusto.

«Colón, dice el historiador Carlos Bosque, hace cosas más propias de empresario de circo que de gran Almirante de Castilla.» Pero en esta ocasión no impresionará a sus contemporáneos, ni divertirá a la multitud amiga de los desfiles pintorescos. Para presentarse en la Corte, que está en Burgos, atraviesa gran parte de España vestido de fraile, y acompañado de sus salvajes, Las gentes se apartan de él. Su estrella está apagada y no volverá a lucir. Las noticias de la Española han corrido por el país. Se sabe o, cuando menos, se cree que la colonización de las islas es un mal negocio. De su segundo viaje, lo mismo que del primero, no trae más que un puñado de muestras de oro y algunas hierbas. ¡España es más rica en metales preciosos que las islas del Almirante! El cronista Andrés Bernáldez que, no obstante, es amigo suyo, ha resumido la opinión general en estas breves palabras:

*LA VERIDICA
AVENTURA*

«Se creía ya que o no había ningún oro, o era muy poco el que se encontraba en estas Indias.»

Los gastos no correspondían a los rendimientos.

Colón, tranquilo, con fe imperturbable en su destino, va de pueblo en pueblo, caminando hacia la ciudad del Cid Campeador. En lo sucesivo se vestirá de almirante, o de fraile, según las circunstancias y las personas y según el efecto que pretenda producir. Su imaginación y su voluntad en tensión constante contra el infortunio le llevan a un misticismo hebraico que va a imponerle un papel de profeta. ¿Es teatralidad o sinceridad? Las dos cosas a la vez, sin duda, en este año de 1496, mientras llegan las alucinaciones y el remolino apocalíptico que va a arrastrarle.

La China y el Japón no le interesan ya. Marco Polo y Mandevilla le han inspirado la más maravillosa aventura y no duda de poder realizarla. Partirá de un puerto español, volverá a Haití y Cuba, proseguirá su ruta hacia el suroeste y llegará a las islas que están al sur de China. El año anterior estas islas eran para él las que ha recorrido cerca de Cuba y a las que ha dado el nombre de Jardín de la Reina; pero la verdad de 1495 ya no es la de 1496. Después visitará el Quersoneso áureo—que es la península de Malaca—y la isla de Taprobana, que le interesa por

que ha aprendido en uno de los dos o tres libros de que ha sacado toda su ciencia, que Alejandro envió a ella filósofos para que examinasen cómo estaba gobernada. Atravesará el mar Rojo y recorrerá el Egipto, como lo hicieron en la antigüedad, los sabios que César-Nerón envió a estudiar «las fuentes del Nilo, la causa de su crecimiento en verano, tiempo en que las aguas son bajas». De Egipto irá por tierra a Jerusalén; luego, atravesando el Mediterráneo, regresará a su puerto de partida, después de haber dado la vuelta al mundo y realizado numerosos descubrimientos. Sabe por Mandevilla que este viaje es posible. No olvida más que un detalle: ¡necesariamente dejará sus navíos y sus tripulaciones en el Mar Rojo!

Expone este plan a la reina Isabel y al rey Fernando, que le reciben en Burgos. Les explica los medios empleados por Alejandro, César-Nerón y tantos otros príncipes de la antigüedad para aumentar su fama. Les habla, sobre todo, de Salomón, que envió de Jerusalén al fin del Oriente para ver el monte Saproza, junto al que sus navíos se detuvieron tres años.

—El monte Saproza—dijo a los soberanos—el monte más rico en oro del universo, es hoy propiedad de Vuestras Altezas; está dentro de la isla Española.

*LA VERIDICA
AVENTURA*

El Almirante refutó las acusaciones y las quejas que el Padre Boil, Pedro Margarit y los caballeros rebeldes a la autoridad que él había recibido de Sus Altezas, habían elevado a los pies del trono. Por culpa de ellos habían surgido los incidentes penosos de que la isla Española acababa de ser teatro; sólo pensaban en hacer una fortuna rápida, y no se preocupaban de los intereses del Estado y de la Iglesia. En cuanto a los esclavos, su intención había sido enviar a España caníbales prisioneros de guerra; en adelante cuidaría de que las órdenes de Sus Altezas fuesen escrupulosamente cumplidas.

En resumen, dirigió a los Reyes Católicos el discurso siguiente, que debía más tarde conservarlo escrito:

«Plega a Nuestro Señor dar mucha vida y salud y descanso a Vuestras Altezas, para que puedan proseguir esta tan noble empresa, en la cual me parece que recibe Nuestro Señor mucho servicio, y la España crece de mucha grandeza, y todos los cristianos mucha consolación y placer, porque allá se divulgará el nombre de Nuestro Señor. Y en todas las tierras adonde los navíos de Vuestras Altezas van, y en todo cabo, mando plantar una alta cruz, y a toda la gente que hallo notifico el estado de Vuestras Altezas, y cómo su asiento es en España, y les digo de

Nuestra Santa Fe todo lo que yo puedo, y de la creencia de la Santa Madre Iglesia, la cual tiene sus miembros en todo el mundo, y les digo la policía y nobleza de todos los cristianos, y la Fe que en la Santa Trinidad tienen. Y plega Nuestro Señor de tirar de memoria a las personas que han impugnado y impugnan tan excelente empresa, y impiden, y impidieron por que no vaya adelante, sin considerar cuánta honra y grandeza es del Real Estado de Vuestras Altezas en todo el mundo. No saben que entreponer a maldecir de esto, salvo que se hace gasto en ello, y porque luego no enviaron los navíos cargados de oro, sin considerar la brevedad del tiempo y tántos inconvenientes como acá se han habido, y no considerar que en Castilla, en casa de Vuestras Altezas, salen cada año personas que por su merecimiento ganaron más de renta cada uno dellos más de lo que necesario que se gaste en esto, ansimesmo sin considerar que ningunos Príncipes de España jamás ganaron tierra alguna fuera della, salvo agora que Vuestras Altezas tienen allá otro mundo, de donde puede ser tan acrescentada nuestra Santa Fe, y de donde se podrán sacar tántos provechos, que bien que no se hayan enviado los navíos cargados de oro, se han enviado suficientes muestras dello y de otras cosas de valor, por donde se

*LA VERIDICA
AVENTURA*

puede juzgar que en breve tiempo se podrá haber mucho provecho. Y sin mirar el gran corazón de los Príncipes de Portugal, que ha tanto tiempo que prosiguen la impresa de Guinea, y prosiguen aquella de Africa, adonde han gastado la mitad de la gente de su Reino, y agora está el Rey más determinado a ello que nunca. Nuestro Señor provea en esto como yo dije, y les ponga en memoria de considerar de todo esto que va escripto, que no es de mil partes la una de lo que yo podría escrebir de cosas de Príncipes que se ocuparon a saber, y conquistar, y sostener.»

La reina Isabel, a la que Colón atacaba por el lado sensible, haciéndole ver la gloria y los beneficios que los soberanos portugueses habían recogido ya perseverando en el camino de los descubrimientos, contestó al Almirante y le dijo que no se inquietase por los ataques de que era objeto a causa del oro que no se había hallado aún en abundancia; era su voluntad continuar esta empresa y sostenerla, aunque sólo hubiese de sacar de ella piedras y rocas; que no le importaban los gastos que suponía, pues mayor era la costa de empresas mínimas, y que consideraba como bien empleado lo que se había invertido ya y lo que aún desembolsaría en ello, porque creía que Nuestra Santa Fe se extendería,

que los dominios reales se dilatarían, y, por último, que los que hablaban mal de esta empresa no eran amigos de la Corona Real.

Por lo menos Colón le atribuye esta respuesta. La reina no ha de haber sido tan categórica en sus afirmaciones, y, sobre todo, no le prometió inmediatamente una nueva flota para un tercer viaje de descubrimiento, pues pasó año y medio antes de que accediese a las súplicas del Almirante. Así, pues, hasta un año después, el 2 de junio de 1497, no le concedió una primera satisfacción, anulando las disposiciones que en la cédula sobre la libertad de los viajes de descubrimiento eran contrarias a los «privilegios y gracias» concedidos al Almirante. No habiendo sido intención ni voluntad de la Corona hacer perjuicio en ninguna cosa a dicho don Cristóbal Colón, Almirante en la mar oceána, ni permitir que nadie pudiera quebrantar los convenios, ni usurpar las prerrogativas que le habían sido otorgadas por sus servicios, la Corona se proponía concederle nuevos favores, y por esta causa, extendiéndole cartas patentes, le confirmaba y corroboraba los dichos privilegios.»

Pero estas cartas patentes fueron muy pronto letra muerta. No se puede condenar a la inacción a lo más selecto de los hombres del arte de la mar y de los aventureros que estiman, con buen

*LA VERIDICA
AVENTURA*

derecho, que Colón es en adelante incapaz de dar gloria y provecho a la nación y a la Corona.

Su hermano Bartolomé fué confirmado por los soberanos en el título de Adelantado de las Indias que el Almirante le había dado, y sus dos hijos, Fernando y Diego, fueron nombrados pajes de la Reina. Fuera de la corte era mal recibido en todas partes. El mismo Luis de Santán-gel y otros judíos, cuyas esperanzas de negocios fructuosos habían fracasado, se negaban a toda nueva gestión en favor suyo. Su proyecto de un tercer viaje encontró la oposición de Rodríguez de Fonseca, obispo de Badajoz, administrador de los negocios de Indias. Hubo disputas violentas en las oficinas donde se despachaban esos negocios en Sevilla.

Una vez Colón se dejó llevar hasta el punto de coger a uno de los funcionarios, arrojarle al suelo y patearle.

A pesar de Fonseca y de los otros adversarios o enemigos del Almirante, consiguió éste de los soberanos seis carabelas y autorización para embarcar, por cuenta del Tesoro de Castilla, treinta marineros, treinta grumetes, cuarenta jinetes, cien infantes, veinte lavadores de oro, cincuenta agricultores, diez hortelanos, veinte obreros diversos y treinta mujeres. Pero se presentaron dificultades semejantes a las

que habían estado a punto de impedir la primera salida de Palos. Las carabelas debían ser dadas por particulares; pero, como los dos viajes precedentes no habían dado ningún resultado desde el punto de vista pecuniario y como no se tenía confianza en el Almirante, ningún armador quiso prestar uno solo de sus navíos. El Estado emplea el secuestro; pero no cuesta menos trabajo decidir a caballeros, artesanos y labradores a embarcarse. Las Indias tienen mala fama; allí no se hace fortuna; el que no muere vuelve enfermo. Se decide entonces enviar delincuentes de derecho común. Cristóbal Colón fué el primero que empleó este sistema de colonización, al que España renunció casi inmediatamente, una vez pasada la crisis haitiana, pero que será reimplantado más tarde en gran escala por Inglaterra en la América del Norte y en Australia. En mayo de 1498 la flota estaba a punto de partir. Algunos meses antes Colón había hecho en Sevilla, el 22 de febrero, un testamento por el que fundaba en favor de su heredero y de sus descendientes un mayorazgo.

En esta época, durante los meses que preceden a su marcha, la transformación de su espíritu está casi acabado; adopta la actitud y el lenguaje de un profeta hebreo. Está impregna-

do, ebrio de biblismo. Para afirmar sus promesas y convencer a los pueblos de la infabilidad de sus designios se vale de la Biblia, de *su* Biblia extravagante, y anuncia que Dios le ha escogido para que, por mediación suya, se cumplan las profecías de los Libros Santos sobre España. Y que no se le arguya que Isaías no ha hablado jamás de España, ni aun por alusión: él responderá que, en ciertos versículos de la Biblia, las palabras Sión y Jerusalén designan claramente la Corona de Castilla. En resumen, acaba de tomar el título de embajador del Altísimo. Como tal se dirigirá a los Reyes Católicos y entrará en conversación directa con Jesucristo. Al principio de la Relación de su tercer viaje escribe:

«Serenísimos e muy altos e muy poderosos Príncipes, Rey e Reina, nuestros Señores: La Santa Trinidad movió a Vuestras Altezas a esta empresa de las Indias, y por su infinita bondad hizo a mi mensajero dello, al cual vine con el embajada a su Real conspectu, movido como a los más altos Príncipes de cristianos, y que tanto se ejercitaban en la fe y acrecentamiento della. Las personas que entendieron en ello lo tuvieron por imposible, y el caudal hacían sobre bienes de fortuna, y allí echaron el clavo. Puse en esto seis o siete años de grave pena, amos-

trando lo mejor que yo sabía cuánto servicio se podía hacer a Nuestro Señor en esto, en divulgar su Santo Nombre y Fe a tántos pueblos, lo cual todo era cosa de tánta excelencia, y buena fama, y gran memoria para grandes Príncipes. Fué también necesario de hablar del temporal, adonde se les mostró el escrebir de tántos sabios dignos de fe, los cuales escribieron historias...»

El es quien, al partir para su primer viaje, sólo ha pensado en los bienes temporales; pero, como tarda en descubrirlos, es necesario que su imaginación tumultuosa halle otro medio con ayüda de la Biblia interpretada por él, para obtener carabelas y tripulantes.



Los seis navíos salieron de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498 y navegaron directamente hacia la isla de Madera por un nuevo camino, a fin, dice el Almirante, de evitar el daño que podía hacerle una flota francesa que le esperaba en el cabo de San Vicente. Según un cronista contemporáneo, la flota traidora que pretendía echar a pique la del Descubridor era portuguesa. Acaso no haya habido flota de ningún país emboscada, pues hay que desconfiar siempre de Colón cuando dramatiza, y, sobre

LA VERIDICA AVENTURA

todo, si atribuye designios criminales a los Gobiernos que han rechazado sus proposiciones.

Desde Madera se trasladó a la isla de Hierro, desde donde envió tres de sus carabelas a la Española. Con las otras tres hizo vela hacia las islas de Cabo Verde, en donde permaneció hasta el 4 de julio. En esta fecha comienza la realización de la fabulosa empresa en que soñaba desde hacía más de un año. No vuelve a las Antillas. Va, más al sur, a buscar el Quersoneso de Oro. Por otra parte, un astrólogo catalán le ha convencido de que el oro se encuentra en grandes cantidades en los países cálidos habitados por negros, cerca del Ecuador. Por esta razón, desde las islas de Cabo Verde toma el rumbo del suroeste para alcanzar la península de Malaca y las regiones ricas en oro.

Dos meses después de salir de España estaba aún en alta mar y no columbraba tierra ninguna. Con todo, no hay que contar sesenta días de navegación, ya que la detención en las islas de Cabo Verde había sido bastante larga; pero la tripulación había sufrido mucho a causa del calor, y los víveres comenzaban a faltar. El Almirante está acostumbrado a este error: con él casi siempre hay el temor del hambre. Nuevamente se producen murmuraciones y protestas. Los tripulantes se preguntaban si no sería con-

veniente abandonar el rumbo que seguían y tomar el de la Española, cuando el vigía de guardia señaló tres puntos montañosos al oeste: era la punta suroeste de una isla a la que él da el nombre de Trinidad, y llama isla de Gracia a una tierra vecina. Es el continente; es el Nuevo Mundo en donde va a surgir.

Buscaba la Cochinchina y descubre a Venezuela. En seguida, a la vista de una punta de la Trinidad, que él llama punta del Arenal, presenta un fenómeno de la naturaleza, hasta entonces desconocido y terrorífico:

«Cuando yo llegué a esta punta del Arenal, allí se hace una boca grande de dos leguas, de poniente a levante, la isla de la Trinidad con la tierra de Gracia, y que para haber de entrar dentro, para pasar al septentrión, había unos hileros de corrientes que atravesaban aquella boca y traían un rugir muy grande, y creí yo que sería un arrecife de bajos e peñas, por el cual no se podría entrar dentro en ella, y detrás de este hilero había otro y otro, que todos traían un rugir grande, como ola de la mar que va a romper y dar en peñas. Surgí allí a la dicha punta del Arenal, fuera de la dicha boca, y fallé que venía el agua del oriente fasta el poniente con tanta furia como hace Guadalquivir en tiempo de avenida, y esto de continuo, noche y día, que

*LA VERIDICA
AVENTURA*

creí que no podría volver atrás por la corriente, ni ir adelante por los bajos. Y en la noche, ya muy tarde estando al bordo de la nao, y me paré a mirar, y vi, levantando la mar de poniente a levante, en manera de una loma tan alta como la nao, y todavía venía hacia mi poco a poco, y encima della venía un filero de corriente que venía rugiendo con muy grande estrépito, con aquella furia de aquel rugir de los otros hileros que yo dije que me parecían ondas de mar que daban en peñas, que hoy en día tengo el miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen debajo della, y pasó y llegó fasta la boca, adonde allí se detuvo grande espacio...»

Colón acaba de descubrir las desembocaduras de uno de los ríos más caudalosos de América, el Orinoco, un río en comparación del cual los mayores de Europa son riachuelos. Estas masas formidables que se precipitaban violentamente en el mar y prolongaban en él su corriente impetuosa de agua dulce a una distancia bastante larga de la orilla, no podían tener su fuente y su desembocadura en una isla; habían atravesado un continente creciendo con las aguas de numerosos afluentes. El Almirante, sobreexcitado por este descubrimiento, declara que no hay en el mundo un río tan grande y tan profundo; viene de una tierra inmensa, situada, dice él, al

mediodía. La verdad aparece; la ve muy claramente. Ya no tiene más que eliminar de su espíritu las teorías de la antigüedad y las fábulas de Mandevilla, y proseguir la exploración de las costas. No había descubierto el Nuevo Mundo continental ya que Cabot y Américo Vespucio han llegado al mismo un año antes que él; pero sabrá que este continente existe y que es distinto del de las Indias. Pero sus autores le acometen y rectifica inmediatamente. Hasta ahora, dice, no ha habido noticias de esta tierra. ¡Cómo Aristóteles, Séneca, Alfragano, Mandevilla y los demás no habían hablado de este país y de su gran río! No es posible. Las páginas del *Libro de las Maravillas del Mundo*, ante las que ha soñado en la biblioteca de la Rábida, se le suben a la cabeza. Reflexiona:

«Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porquel sitio es conforme a la opinión destes santos e sanos teólogos...»

Empieza por rechazar la teoría de Tolomeo y de los otros sabios que creían que el mundo es esférico. No tiene forma perfectamente redonda, sino en el hemisferio donde está Europa.

«Agora vi tanta disformidad, como ya dije, y por esto me puse a tener esto del mundo, y fallé que no era redondo en la forma quescriben. salvo que es de la forma de una pera que sea

*LA VERIDICA
AVENTURA*

toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar della fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte deste pezón sea la más alta e más propinca al cielo, y sea debajo la línea equinoccial, y en esta mar Océana, en fin del oriente, adonde acaba toda la tierra e islas...»

El Almirante está seguro de hallarse en la parte de donde está la punta de la pera, en la parte de la pelota redonda donde se halla el pezón de mujer.

Está en el extremo del oriente; está cerca de la punta y del pezón; está—en Venezuela—cerca del Paraíso Terrestre. Del Paraíso vienen cuatro grandes ríos que riegan el mundo: el Ganges, el Tigris, el Eufrates y el Nilo. El río cuya desembocadura acaba de descubrir—el Orinoco—es uno de estos cuatro. ¿Cuál de ellos? No lo sabe. ¿Dónde está exactamente? No lo sabe; pero es uno de los países siguientes: India, Mesopotamia, Persia, Etiopia o Egipto. Invoca a San Isidoro, a Beda, a Estrabón, el maestro de la historia eclesiástica, y a San Ambrosio y a Escoto y a todos los sabios teólogos que conuerdan en decir que el Paraíso Terrestre está en Oriente—en este Oriente a donde acaba de llegar después de haberlo descubierto ya en Cu-

ba. Y tiende los brazos suplicantes hacia el ápice de donde la corriente del río sagrado baja; los tiende hacia el pezón invisible que es el Paraíso en donde él no entrará jamás, porque Mandevilla ha dicho que no hay en él «más que una puerta que rodea fuego ardiente, de tal modo que ningún hombre mortal podría trasponerla». El almirante está en plena alucinación. Es un Don Quijote que se hubiese vuelto loco por haber leído libros de caballerías marítimas y bíblicas.

Pero es un Don Quijote autodidacto, un primario ebrio de una ciencia mal asimilada y que no consiste sino en las citas que colecciona. Para probar que está cerca del Paraíso Terrestre es necesario primeramente establecer que está de veras en el Oriente y lo hace nombrando a seis autores antiguos que le han afirmado que el mundo es pequeño y que hay poca agua:

«El maestro de la historia escolástica sobre el Génesis dice que las aguas son muy pocas, que bien que cuando fueron creadas que cobijasen toda la tierra, que entonces eran vaporables en manera de niebla, e que después que fueron sólidas e juntadas, que ocuparon muy poco lugar, y en esto concierta Nicolao de Lira. El Aristótel dice que este mundo es pequeño, y es el agua muy poca; y que fácilmente se puede pasar

*LA VERIDICA
AVENTURA*

de España a las Indias, y esto confirma el Avenruyz y le alega el Cardenal Pedro de Aliaco, autorizando este decir, y aquel de Séneca, el cual conforma con éstos, diciendo que Aristótel pudo saber muchos secretos del mundo a causa de Alejandro Magno, y Séneca a causa de César-Neró, y Plinio por respecto de los romanos. los cuales todos gastaron dineros e gente, y pusieron mucha diligencia en saber los secretos del mundo, y darlos a entender a los pueblos. El cual Cardenal da a éstos grande autoridad, más que a Tolomeo, ni a otros griegos ni árabes, y a confirmación de decir quel agua sea poca y quel cubierto del mundo della sea poco, al respeto de lo que se decía por autoridad de Tolomeo y de sus secuaces. A esto trae una autoridad de Esdras, del III libro suyo, a donde dice que de siete partes del mundo, las seis son descubiertas, y la una es cubierta de agua, la cual autoridad es aprobada por Santos, los cuales dan autoridad al III y IV libros de Esdras, así como es San Agustín e San Ambrosio en su Examerón, adonde alega: Allí vendrá mi hijo Jesús, e morirá mi hijo Cristo. Y dicen que Esdras fué profeta, y asimismo Zacarías, padre de San Juan, y Simón, las cuales autoridades también alega Francisco de Mairones. En cuanto a esto del enjuto de a tierra, mucho se ha experi-

mentado ques mucho más de lo quel vulgo crea. Y no es maravilla, porque andando más, más se sabe.»

Y he aquí por qué el Orinoco es uno de los ríos que salen del Paraíso Terrenal.

Después de resumir la novela bíblica de Colón, que le ha divertido de veras, Pedro Mártir de Anglería concluye con seriedad: «Todo esto es muy hipotético. Basta ya. Volvamos a la historia, de la que nos hemos apartado».

A la historia y a la geografía.

El almirante recorre las orillas del mar que rodea el Paraíso Terrenal. El 1 de agosto entra en un puerto y envía las barcas a tierra; sus enviados saben por los habitantes del País que éste se llama Paria. Colón prosigue su exploración, descubre las islas de la Asunción (Tabago), de la Concepción (Granada), de Margarita y de Cubagua, y ancla cuando los vientos son propicios y encuentra un puerto. Más allá de la punta de la Aguja (de Alcatraces) encuentra «tierras, las más hermosas del mundo, y muy pobladas». Los indígenas vienen en canoas al encuentro de su navío. Todos ellos son de buena presencia, alta talla y rostro agradable. Algunos llevan piezas de oro al cuello, otros brazaletes de perlas. ¡El almirante está en el país de las pesquerías de perlas! ¿De dónde proceden las perlas? ¿De dón-

de procede el oro? Le contestan que allí mismo y en la parte del Norte. Pregunta a otros en un lugar que llama *Los Jardines*:

«Procuré mucho de saber dónde cogían aquel oro, y todos me señalaban una tierra fronteradellos, al poniente, que era muy alta, más no lejos. Mas todos me decían que no fuese allá porque allí comían los hombres, y entendí entonces que decían que eran hombres caribales, e que serían como los otros, y después he pensado que podría ser que lo decían porque allí había animalias. También les pregunté adónde cogían las perlas, y me señalaron también que al poniente y al norte, detrás desta tierra donde estaban. Dejélo de probar por esto de los matenimientos y del mal de mis ojos, y por una nao grande que traigo, que no es para semejante hecho.»

Como en las travesías precedentes comenzaban a escasear los víveres; las provisiones de grano, vinos y viandas se averiaban. En los países nuevos de donde ha prometido traer riquezas fabulosas, en las tierras «más hermosas del mundo» no ha encontrado el almirante con qué alimentar a la tripulación de dos carabelas. Sus marineros están extenuados; él mismo está enfermo de los ojos. Hay que abandonar esta tierra —¡la del Paraíso Terrenal!— sin hallar el camino

que le conduciría al Quersoneso de Oro. ¿La costa de Paria (Venezuela) es una prolongación de la de Cuba, que es el continente asiático? Sus concepciones geográficas se enredan cada vez más, pues se ha empeñado siempre en someter la realidad que tiene delante de los ojos a la doctrina de los antiguos que no la han visto y no han oído hablar nunca de ella, y a la fantasía de los autores de novelas de aventuras.

Parte con dolor de estos lugares benditos próximos al Paraíso de Mandevilla, y pone vela para la Española, llevando por único trofeo una pequeña cantidad de perlas recogidas en Cubagua.

Dos años después, recordando cuán estéril fué esta expedición en resultados prácticos, no estará lejos de declararse vencido, y, más bíblico que nunca, comparará sus trabajos y sus penalidades a los de los apóstoles que fueron vencedores.

«Cometí viaje nuevo al nuevo cielo e mundo, que fasta entonces estaba en oculto, y si no es tenido allí en estima, así como los otros de las Indias, no es maravilla, porque salió a parecer de mi industria. A San Pedro abrasó el Espíritu Santo, y con él otros doce, y todos combatieron acá, y los trabajos y fatigas fueron muchas. En fin de todo llevaron la victoria.»

*LA VERIDICA
AVENTURA*

Y se yergue, en seguida, persuadido de que como los apóstoles, tendrá la victoria final, pues el Espíritu Santo está con él.

★ ★ ★

Colón llegó a la Española el 30 de agosto de 1498. La isla estaba entregada a todos los horrores de la anarquía, de la guerra civil y de la lucha contra los indígenas. Bartolomé, gobernador con los plenos poderes que su hermano había delegado en él por el tiempo que durase su larga ausencia, mal administrador, hombre altivo y cruel como el almirante, había provocado el levantamiento de la mayoría de los españoles. La excitación era aun mayor contra él que contra su hermano, ya que Cristóbal gozaba de cierto prestigio que debía al hecho del descubrimiento de las islas y a sus títulos de almirante de Castilla y de virrey, mientras que Bartolomé no tenía nada que, a falta de simpatía, impusiera respeto; no era sino un extranjero y debía su título de gobernador únicamente a su parentesco con el almirante. Los descontentos habían encontrado un jefe audaz y sin escrúpulos en la persona de Francisco Roldán, magistrado en la Española que levantó el estandarte

de la rebeldía contra la autoridad legítima. Los indígenas, oprimidos a la vez por los dos partidos cada uno de los cuales exigía de ellos tributos que cobraban por la fuerza, estaban en lucha con los extranjeros, contra Bartolomé lo mismo que contra Roldán.

El almirante intentó restablecer el orden, pero no lo consiguió. El 18 de octubre envió cinco navíos a España. Algunos días antes, había hecho saber a los sublevados que les dejaba en libertad de regresar a la metrópoli. Apenas algunos se aprovecharon de esta licencia y eso para continuar en la corte su campaña contra el almirante. Cada uno de los dos partidos quería ser el dueño de la isla. Cada uno envió, con este correo y con los siguientes, sus quejas y denuncias a la Corte. Pedro Mártir de Anglería ha resumido imparcialmente los agravios de unos y otros.

—El almirante y su hermano el Adelantado, decían Roldán y sus cómplices, son hombres injustos, impíos, enemigos de la sangre española que hacen correr abundantemente. Se complacen, con fútiles pretextos, en torturar, en ahorcar, en decapitar, en hacer morir de diversas maneras. Son ambiciosos, envidiosos, orgullosos; son unos tiranos intolerables. Por esto hemos procurado huir de ellos, como se huye de las bestias salvajes sedientas de sangre, y como se

*LA VERIDICA
AVENTURA*

huye igualmente de los enemigos de la realeza. Los dos hermanos piensan únicamente en ser los dueños absolutos de las islas. Ese es su único afán. Lo hemos visto en muchas circunstancias, pero sobre todo en el hecho de que no permitan a nadie, si no es a sus familiares, ir a buscar oro en las minas.

—Estos rebeldes—decía Colón por su parte— a los cuales yo trataré según merecen, si Sus Altezas me envían refuerzos para dominarlos, estos rebeldes son hombres que han cometido mil delitos y crímenes; son libertinos, ladrones, estranguladores y vagabundos. No respetan nada, no tienen en cuenta nada; son perjuros, mentirosos, condenados ya por los tribunales o temerosos de comparacer ante ellos por sus numerosos delitos. Han hecho rancho a parte, mezclando la violación a las rapiñas, perezosos, glotones, no piensan sino en dormir y divertirse. A nadie perdonan. Ellos, que fueron traídos a la Española para ejercer oficio de mineros o de criados, ahora no se apartarían una milla de su casa a pie. Se hacen llevar por toda la isla, como si fuesen ediles curules, a hombros de los desgraciados indígenas. Como por juego, y para no perder la costumbre de derramar sangre, ejecutan la fuerza de sus brazos, de este modo: desenvainan sus espadas y se divierten

cortando de un solo tajo la cabeza de inocentes víctimas. Aquel que ha conseguido derribar más rápidamente, y de un solo golpe, la cabeza de un miserable insular, es proclamado el más valiente y es el que recibe más honores.

Pedro Mártir añade a las dos requisitorias estas sencillas palabras: «Tales eran las acusaciones recíprocas que se hacían el almirante y los partidarios de Roldán, sin hablar de otras muchas imputaciones». Y, aunque es amigo de Colón, se abstiene de defenderle. Lo verosímil es que Colón y Roldán dicen la verdad uno contra otro. El almirante es un ambicioso egoísta, cruel y rapaz; esto se sabe por otros documentos. Para disculparle en la medida de lo posible, Las Casas imputaba a Bartolomé la responsabilidad de los actos de crueldad reprochados a Cristóbal, como si el Adelantado, que era su hermano, pudiese, en su presencia y durante dos años, violar las leyes divinas y humanas sin su asentimiento y sin su complicidad. El juez rebelde no es mejor. En los dos partidos hay hombres honrados y hay aventureros capaces de todos los delitos y de todos los crímenes. Los desalmados son ciertamente más numerosos en el bando de Roldán, ya que todos los condenados de derecho común que fueron amnistiados para convertiles en Colonos se habían pasado a él.

*LA VERIDICA
AVENTURA*

Cristóbal y Bartolomé Colón estaban, desde hacía dos años, en lucha a la vez con la banda de Roldán y con los indígenas sublevados por sus caciques, sin lograr nunca imponer una paz estable y una obediencia completa. El almirante, viendo que el poder se le escapaba, tuvo la debilidad de parlamentar con Roldán, de hacerle toda clase de concesiones, de restablecerle en sus funciones de juez, y de otorgar amplias distribuciones de tierras a sus principales partidarios, cuando, el 23 de agosto de 1500 llegaron de España dos carabelas conduciendo a un nuevo gobernador, con su séquito de funcionarios y su guardia de soldados. Los Reyes Católicos habían perdido la paciencia. No podían fiarse enteramente de los enemigos de Colón ni de éste. Había, evidentemente, exageración, mentiras, y, asimismo, verdad en las informaciones y las denuncias que les llegaban de los dos lados. Era verdad, por ejemplo, que el almirante ejecutaba actos de crueldad y de desobediencia a la autoridad real al obstinarse en exportar esclavos por centenares. En resumen, las disensiones que ponían a sangre y fuego a la isla, eran causa de que la Española, cuya fertilidad y riqueza en metales preciosos habían sido tan celebradas, no hubiese proporcionado a la metrópoli más que una insignificante cantidad de oro. El descu-

brimiento era costoso y la sangre española corría inútilmente.

Para remediar este lamentable estado de cosas, la reina había nombrado a Francisco de Bobadilla, comendador de Calatrava, gobernador de la isla, con plenos poderes para revisar la contabilidad del almirante, proceder a una información acerca de las acusaciones de cada uno de los dos partidos contra el otro, juzgar y castigar a los culpables o enviarlos a España bajo partida de registro del proceso. Ya no había en la Española autoridad superior ni aun igual a la suya; todos: el almirante y el Adelantado inclusive, le debían obediencia como a la misma Reina.

Así, pues, a poco de su llegada, Bobadilla hizo detener a Colón y a sus dos hermanos, los tuvo algunas semanas en prisión y después los hizo embarcar para España, con grillos a los pies. Pero apenas hubo salido la embarcación de la Española, el oficial encargado de la custodia de los presos, quiso librarles de las cadenas. Colón rechazó este favor y con su cadena en los pies desembarcó en Cádiz entre el 20 y el 21 de noviembre de 1500.

A causa de este proceso y de estas cadenas se ha pintado al comendador Bobadilla como un agente de Satanás y se le ha lanzado a la exe-

LA VERIDICA
AVENTURA

cración de la posteridad. La leyenda colombina ha logrado, a fuerza de declamaciones y de afirmaciones, sin pruebas, hacer de él uno de los personajes más odiosos, más repugnantes de la historia del mundo. Pero si nos atenemos a los documentos de la época sin excluir los mismos escritos de los amigos de Colón, vemos otra cosa y hasta lo contrario. Pedro Mártir no tiene una palabra de censura para Bobadilla. Oviedo le califica de persona piadosa y honrada. Las Casas, el apologista del almirante, el cronista al cual no cesan de referirse los románticos que han querido convertir a Colón en un santo, Las Casas afirma, hablando de Bobadilla, que ni aun después de su muerte, se ha osado negar su probidad y sus desinterés.

La duda no es siquiera posible: se descubrieron hechos graves que justificaban la prisión del almirante; era hasta un deber para la conciencia desinteresada del probo magistrado Bobadilla, el cual se limitó a aplicar la ley sujetando con cadenas los pies del culpable.

Nos equivocamos si pretendemos juzgar a los hombres y los hechos de los tiempos lejanos según las ideas, las costumbres, la sensibilidad y las leyes del nuestro, y sobre todo si se comete un anacronismo. Hoy nos hiere violentamente una antítesis. ¡El descubridor de América—que

es un santo—cargado de cadenas como un criminal! Y por América se entiende los Estados Unidos, Nueva York con sus rascacielos y sus millones de habitantes, el Brasil, la Argentina y los demás Estados del Nuevo Mundo. Pero, en 1500, ninguno de aquellos Estados ha nacido; se desconoce hasta la existencia de América. Colón tiene, entre sus contemporáneos, una reputación—merecida—que es lo contrario de la de un santo. Su crueldad, cuya prueba queda hecha sin investigación previa, y su desobediencia reiterada a las órdenes de la reina de que no exportase esclavos y de que no tratase a muchachas y a niños inofensivos como a guerreros antropófagos, bastarían para justificar su prisión, y, por consecuencia y conforme la ley, para que se le encadenase. Y aun ha cometido otros delitos y crímenes.

De todos modos, no es menos cierto que el honrado Bobadilla, moviéndose dentro de la legalidad, obró con excesiva rudeza. El almirante, aun siendo culpable, tenía un derecho moral a ciertas consideraciones y a la piedad del juez, pues había prestado servicios extraordinarios a la Corona de Castilla cuyos dominios se habían agrandado con las tierras e islas que él había descubierto. Por otra parte, Bobadilla hubiera debido advertir que Colón presentaba síntomas

de desequilibrio mental. Por estas razones debió enviar a España sin grilletes al descubridor que no era un condenado sino un acusado, y llevaba los títulos de almirante y virrey. Pero, aplicando la ley en todo su rigor, como todo juez hubiera hecho con cualquier otro acusado, no ha cometido ningún crimen, y este hombre, respetado por los mismos amigos de Colón, no merece las maldiciones de la posteridad.

Tal fué la opinión de la reina. Profundamente emocionada, herida en su alma noble y sensible, por la desgracia del almirante caído desde tan alto, y al cual no se había excusado ninguna afrenta, hizo todo lo que pudo para endulzar su dolor. Le concedió una audiencia, y, relatándola, los *hagiógrafos* del siglo XIX imaginan la más conmovedora y la más poética de las escenas:

«A la vista del Revelador de la Creación, escribe Rosey de Lorgues, la reina, acordándose de la indignidad del trato que había sufrido en su nombre, sintió estremecerse el fondo de su corazón y las lágrimas llenaron sus ojos. Cuando el venerable anciano sorprendió bajo el párpado de su reina el signo de esta emoción, en la que la admiración se confundía con el enternecimiento y el dolor, se esforzó en vano para hallar una palabra a fin de acusar y defenderse. Esta alma, amante y virginal, a des-

pecho de dos años, por el eterno furor de sus impresiones, no encontró una sola palabra. El hombre que había soportado, inquebrantable, los golpes de la fortuna, no pudo contener por más tiempo los sentimientos sepultados en su seno; un sollozo abrió su pecho y dejó escapar el tesoro de sus lágrimas. Colón e Isabel lloraron juntos sin decir una palabra... Las lágrimas de Isabel fueron un bálsimo soberano para el corazón del héroe. La Reina Católica le prometió castigar el ultraje sufrido, reparar todas las injusticias y reintegrarle en sus funciones...»

¡Falso! La reina no castigó el ultraje, no reparó las injusticias y no reintegró al almirante en sus funciones. Después de haber dejado Doña Isabel que hable su corazón (no tan compasivo, a pesar de todo, hasta el punto de hacerla romper en sollozos delante de un culpable), el jefe de Estado, la Reina Católica, reaparece en ella, y, después de escuchar al almirante y de haberse enterado del proceso, pronuncia una condena que será irrevocable. Cristóbal Colón ya no es virrey: este título no aparecerá más en los documentos oficiales; ya no es gobernador de las islas, por vida, ni temporalmente; hasta se le prohíbe volver a la Española. No hay más privilegios ni monopolios de ninguna clase. Las capitulaciones de 1492 quedan, de hecho, anula-

LA VERIDICA
AVENTURA

das, salvo el título de almirante, que conserva.

Si la reina Isabel tomó semejantes medidas, dice la *Historia*, es porque fué engañada por los enemigos de Colón, que eran todos unos criminales. Tales razones no pueden alegarse tratándose de una soberana cuya rectitud la misma *Historia* exalta, junto con su prudencia, su inteligencia, sus dones de mando y su espíritu de justicia, y que, por otra parte, no había dejado nunca de demostrar a Colón una simpatía de la que muy pronto le dará nuevas pruebas. ¿Pero no acaba de dárselas en esta terrible circunstancia y de otro modo que lamentándose de que Bobadilla le haya hecho llevar una cadena?

Si esta cuestión no se ha planteado aún es porque un texto de Pedro Mártir de Anglería, en su *De Orbe novo*, ha escapado a la atención de los historiadores de buena fe, que al escribir la vida de Colón no se libran por completo de la leyenda adoptada universalmente. Pedro Mártir no vitupera a Bobadilla, porque su honradez se lo impide; tampoco censura a Colón, porque es amigo suyo; pero no le defiende, porque esto es imposible. Expone los hechos simplemente, y hay uno que es abrumador para el Almirante. El historiador no puede pasarlo en silencio; lo atenúa cuanto puede, diciendo que ha oído hablar de él y absteniéndose de certificar su exac-

titud. Pero, dadas su relaciones con Colón, la indulgencia a que está materialmente inclinado y sus otras cualidades, es seguro que, si se tratase de un rumor o de una calumnia, no lo hubiera recogido, por lo menos sin añadir la expresión de duda que acostumbraba en materias mucho menos graves. Escribe así:

«Se afirma que el nuevo gobernador (Bobadilla) ha enviado a los reyes cartas escritas por la mano del Almirante, pero cifradas, por las cuales llamaba a toda prisa a su hermano el Adelantado, ausente entonces, y a sus soldados, y le invitaba a rechazar la fuerza con la fuerza, en el caso de que el gobernador quisiera usar de la violencia. El Adelantado se anticipó a sus soldados y el gobernador le prendió, así como a su hermano, antes de que sus partidarios se les hubiesen juntado.»

El texto está claro, pero vale la pena de desarrollarlo y comentarlo. Resulta que una parte de los colonos de la Española—la mayoría—se hallan en estado de rebeldía permanente contra su gobernador y virrey. En lugar de enviar a éste los refuerzos que pide para someter a los rebeldes, el gobernador le releva de sus funciones y nombra a otro Gobernador con plenos poderes para restablecer el orden. No hay un Gobierno que pueda tomar semejantes medidas—y

*LA VERIDICA
AVENTURA*

el de la Reina Católica menos que ninguno otro, sobre todo contra un almirante y virrey que había gozado hasta entonces de su confianza, sin tener ya pruebas de su indignidad. Colón, sintiéndose perdido, no se somete al proceso. Llama a su hermano y a sus partidarios a la guerra civil, no contra las bandas de Roldán, sino contra el juez investigador, es decir, contra el delegado de la reina, contra la reina misma, contra el Estado. No es ya sino un rebelde, un criminal.

En fin: los mismos relatos de los apologistas de Colón vienen a apoyar el texto de Pedro Mártir, pues dejan sentado igualmente que el Almirante estaba en rebeldía contra Bobadilla.

La respuesta a la pregunta planteada más arriba se confunde con lo que debe contestarse a la siguiente: ¿Cristóbal Colón no merecía ser ajusticiado?

Los códigos de todos los Estados responden que sí. Pero, en atención a los servicios pasados, la reina Isabel ha tenido en cuenta, muy ampliamente, en favor de Colón, las circunstancias atenuantes.

CAPITULO IX

El último viaje del Descubridor, sus alucinaciones y su muerte

Prisionero y encadenado en el navío que le lleva a España, Colón no pierde la fe en su destino, y, como a la vuelta de las dos primeras expediciones, piensa en los medios que debe emplear para obtener de los Reyes Católicos otros navíos, volver a las costas del Paraíso Terrenal, buscar y encontrar al fin el paso que le conduzca, no ya a Cipango ni al reino del Gran Kan, sino al Quersoneso de Oro. ¿Pero qué dirá a la benévola reina Isabel para convencerla? Al cabo de ocho años y de tres viajes, no ha podido enviarle sino muestras de una parte de los tesoros que se había jactado de descubrir, y sus enemigos le han vencido. Para desquitarse y subir a una cumbre todavía más alta que la alti-

sima de que ha sido precipitado, ¿qué es lo que va a inventar el frío calculador, el maestro en propaganda, el hombre de tanta audacia y habilidad para engañar a sus contemporáneos y para seducir a los príncipes y a los grandes personajes del Estado? El calculador astuto casi ha desaparecido en él, y, en adelante, ya sólo reaparecerá por intervalos cada vez más distantes. Es sincero porque es un alucinado, un poseído.

Cristóbal Colón ha nacido para ser desgraciado, porque en la desventura radica el elemento natural que alimenta su temperamento de plañidero hebreo, y crece como un río que recoge todas las aguas de una comarca y se desborda en proféticas lamentaciones. Ha nacido para acaparar el Antiguo Testamento, como si los Libros Santos hubieran sido escritos para él, para él solo, para anunciar y justificar sus empresas. Al partir para el tercer viaje se ha proclamado embajador de Dios. ¿Cree verdaderamente serlo? Esto no es seguro. Pero al terminar el año 1500 la duda no parece posible; el calculista ha caído en su propia trampa, el alma de plañidero hebreo se ha apoderado de las entrañas del traficante y ha dado ser y vida a lo que no era sino ensueño. El Almirante es un alucinado que oye voces del cielo. El Embajador de Dios tiene conversaciones con Dios Padre y con Dios Hijo. To-

do esto aparece en la carta que escribió en alta mar a la ama que había sido del príncipe don Juan y que estaba destinada a la reina, a la que no osaba enviar un memorial directamente el prisionero:

«Muy virtuosa Señora: Si mi queja del mundo es nueva, su uso de maltratar es de muy antiguo. Mil combates me ha dado, y a todos resistí fasta agora, que no me aprovechó armas ni avisos. Con crueldad me tiene echado al fondo. La esperanza de Aquel que crió a todos me sostiene: su socorro fué siempre muy presto. Otra vez, y no de lejos, estando yo más bajo, me levantó con su brazo divino, diciendo: *Oh, hombre de poca fe; levántate, que yo soy; no hayas miedo.*—Yo vine con amor tan entrañable a servir a estos Príncipes, y he servido de servicio de que jamás se oyó ni vido. Del nuevo cielo y tierra que decía Nuestro Señor por San Juan en el Apocalipse, después de dicho por boca de Isaías, me hizo dello mensajero, y amostró en cuál parte.»

En otro escrito es aun más explícito: Jesucristo se le ha aparecido y le ha mostrado «con una mano palpable» el camino marítimo que ha de conducirle directamente a las «Indias», es decir, al Japón, a la China, a la península de Malaca, al Golfo Pérsico y al Quersoneso de Oro

LA VERDICA
AVENTURA

—a las puertas del Paraíso Terrenal—¡Jesucristo descendiendo a la tierra para engañar al Descubridor y afirmarle en suma que América no existe! ¡Qué escena!

Habla a continuación al ama de sus proyectos de nuevos viajes y de la firme seguridad que tiene de que ha de encontrar oro en cantidades enormes. ¡Sin embargo, desde hace ocho años, todas sus esperanzas se han visto defraudadas! Si; pero en adelante, ya no lo serán. Y aquí tenemos una nueva aparición de Jesucristo:

«Del oro y perlas ya está abierta la puerta, y cantidad de todo, piedras preciosas y especería, y de otras mil cosas se pueden esperar firmemente, y nunca más mal me viniese como con el nombre de Nuestro Señor le daría el primer viaje, así como diera la negociación del Arabia Feliz fasta la Meca, como yo escribí a Sus Altezas con Antonio de Torres, en la respuesta de la repartición del mar e tierra con los portugueses, y después viniera a lo de polo ártico, así como lo dije y di por escrito en el monasterio de la Mejorada. Las nuevas del oro que yo dije que daría, son que día de Navidad, estando yo muy afligido, guereado de los malos cristianos y de indios, en términos de dejar todo, y escapar, si pudiese, la vida, me consoló Nuestro Señor milagrosamente, y dijo: *Esfuerza; no des-*

mayes ni temas; yo proveeré en todo; los siete años del término del oro no son pasados, y en ello y en lo otro te daré remedio.»

¡Jesucristo bajando a la tierra para prometer oro a un hombre y después no cumpliendo su promesa!

La carta está llena de lamentaciones que toman a veces el tono bíblico, contra los infames procedimientos de Bobadilla quien «había ordenado pesquisas de maldades que al infierno nunca se supo de las semejantes. Allí está Nuestro Señor que escapó a Daniel y a los tres muchachos, con tanto saber y fuerza como tenía, y con tanto aparejo, si le pluguiere, como con su gana.»

Esto que sigue no carece de arrogancia. El hijo del pobre tejedor, el hombre de las locas visiones, habla a lo caballero, a lo gran capitán, a lo conquistador de imperios.

«Dios es justo, y hará que se sepa por qué y cómo. Allí me juzgan como a gobernador que fué a Cecilia, o ciudad o villa puesta en regimiento, y a donde las leyes se puedan guardar por entero, sin temor de que se pierda todo y rescibo grande agravio. Yo debo ser juzgado como capitán que fué de España a conquistar fasta las Indias, a gente belicosa y mucha, y de costumbres y seta a nos muy contraria, los cuales

LA VERIDICA
AVENTURA

viven por sierras y montes, sin pueblo asentado, ni nosotros, y adonde por Voluntad Divina he puesto só el señorío del Rey e de la Reina, Nuestros Señores, otro mundo, y por donde la España, que era dicha pobre, es la más rica. Yo debo ser juzgado como capitán que de tanto tiempo fasta hoy trae las armas a costas, sin las dejar una hora, y de caballeros de conquistas y del uso, y no de letras, salvo si fuesen de griegos o de romanos, o de otros modernos, de que hay tántos y tan nobles en España, ca de otra guisa rescibo grande agravio, porque en las Indias no hay pueblo ni asiento.»

Después de haber sido recibido por la reina queda menos intranquilizado. Puesto que no ha sido condenado ni a muerte ni a prisión y sigue siendo almirante de Castilla, tiene la esperanza de recuperar todo cuanto le han quitado los malvados: su virreinato, el gobierno de las islas, y su diezmo sobre los cargamentos de oro, de piedras preciosas y de especias que las carabelas reales no tardarán en desembarcar en los puertos de Andalucía. Le será confiada una cuarta expedición. ¡Pero que se apresure la reina! El tiempo apremia; sería criminal perder años, y aun meses. El lo prueba en un *Libro de las profecías* que escribe mientras espera volver a la mar.

En este libro, del que no queda sino un apunte y algunos fragmentos, afirma y demuestra que el fin del mundo se efectuará dentro de cincuenta años, en 1550, y que antes de esta fecha es necesario, por la gloria de Dios y de su Iglesia, y por la felicidad humana, reconquistar y rescatar los Santos Lugares. El Espíritu Santo le ha señalado a él, a D. Cristóbal, para mandar los ejércitos cristianos en esta última y prodigiosa cruzada. Mas para reunirla, equiparla y conducirla por tierra y por mar hasta los muros de Jerusalén, hace falta oro, mucho oro. El se encarga de encontrarlo. Lo dice, lo repite a los Reyes Católicos. Escribe al Papa prometiéndole ir a verle cuando regrese, para darle cuenta de su viaje. Se dice que había concebido el proyecto de libertad el Santo Sepulcro, pero que Satanás se lo estorbaba todo. El espíritu maligno ponía en juego sus maquinaciones para que no se realizara el prodigio. Para él era seguro que estaba combatido por la malicia del eterno enemigo, temeroso de que un designio tan piadoso llegara a cumplirse. Pero en esta vez él vencerá a Satanás, descubrirá el camino marítimo, entre Cuba y Venezuela, que le conducirá al Quersoneño de Oro, a las regiones auríferas de la India.

LA VERIDICA AVENTURA

Y he aquí que un gran navegante portugués, Vasco de Gama, que no teme ponerse en contradicción con Tolomeo, Aristóteles y Solino, y que se ríe del Paraíso descrito en el *Libro de las maravillas del mundo*, acaba de realizar el prodigioso viaje, de consumir,

Por mares nunca d'antes navegados, la epopeya que cantará luego el gran poeta de su nación. Ha doblado el cabo de Buena Esperanza y ha penetrado en el mar de las Indias poblado de millares de islas; ha llegado a Calicut, y ha vuelto a Portugal por Magadoxo y Zanzíbar. El periplo de Africa está consumado, por decirlo así; los portugueses van a visitar todas sus costas y establecerse en ellas; se ha descubierto la ruta marítima de las Indias por el Sur y el Oriente. Y, casi al mismo tiempo, otro navegante portugués, Alvarez Cabral, descubre el Brasil. Los temores suscitados en la corte de Lisboa por el primer viaje del almirante de Castilla se han desvanecido. Portugal se regocija: sus soberanos son ahora más que nunca: los reyes del Océano.

—¡No, no!—grita Colón blandiendo el *Imago mundi* del cardenal d'Ailly, que es su enciclopedia, y las novelas de aventuras que le han trastornado el seso—. Hay otro camino más corto y provechoso para ir a las Indias: el mío,

que yo he encontrado. Yo soy el que ha descubierta las Indias. No tengo sino atravesar un estrecho para llegar a la región que es el más rico señorío del mundo.

Los descubrimientos han empezado ya a demostrar que el mundo es más grande, y mayor la parte que ocupan en él las aguas, de lo que creían los antiguos. ¡A él que le importa! No hay prueba que valga contra sus dogmas, que no cesa de proclamar. Aun en 1503 afirma que el mundo es pequeño.

«E el mundo es poco: el enjuto de ello es seis partes; la septima solamente cubierta de agua; la experiencia ya está vista, y la escribí por estas letras, y con adornamiento de la Sacra Escritura, con el sitio del Paraíso Terrenal, que la Santa Iglesia aprueba...»

Después deja caer los libros y manuscritos de que ha sacado sus dogmas geográficos. El, que se alababa de haber profundizado todas las ciencias, declara que no le han sido de ninguna utilidad. Se humilla con voces de profeta, que es otra manera de engrandecerse. Quiere ser un ignorante. Dios le basta. Dios le mostrará la ruta y empujará sus carabelas. Dios le ha hablado, Dios le ha prometido montañas de oro.

★ ★ ★

LA VERIDICA AVENTURA

El rey Don Fernando y la reina Doña Isabel estaban más inquietos por la proeza de Vasco de Gama que el rey de Portugal lo había estado por la de Cristóbal Colón ocho años antes. Pero, a pesar de las extravagancias, de la incapacidad administrativa y de los errores de que todo el mundo se daba cuenta, les parecía que el Almirante no carecía de razón en el punto capital. Siendo desconocida la existencia de un gran continente separado de Europa y de Asia por dos océanos, uno de los cuales es mayor que el que baña las costas occidentales de Europa y de Africa, era evidente y aun lógico creer que yendo por mar en línea recta y en dirección de poniente, se llegaría a las Indias y que esta ruta sería más corta que la seguida por el descubridor portugués. Colón había estado allí tres veces y había descubierto centenares de islas, algunas de ellas muy grandes, «en dirección de las Indias», tal vez muy cerca. Nadie parecía menos indicado que él para acabar la obra comenzada, pero los sentimientos de piedad que inspiraba a Doña Isabel influyeron algo, sin duda, en la decisión tomada por los Reyes Católicos de confiarle tres navíos, tripulados por cuarenta hombres, para una cuarta expedición.

El Almirante partió de Cádiz el 11 de mayo de 1502, llevando consigo a su hermano Bar-

DE CRISTOBAL
C O L O N

plomé y a su hijo Fernando. El 26 tomó en la
la de Hierro el rumbo del sudoeste. El 15 de
unio descubrió la isla de Santa Lucía, y des-
pués se dirigió hacia Haití, aunque la perma-
nencia en esta isla le estaba prohibida. El no-
rrio real, Diego de Porras, que formaba par-
de la expedición, escribe, en su relación del
aje del almirante, que éste se detuvo allí va-
os días sin anclar ni entrar en el puerto de
anto Domingo, pero que envió a tierra a uno
e los suyos, con un fin que se ignora. Colón
ce en su carta a los reyes que pedía autori-
ción para entrar y reparar las averías de una
e sus embarcaciones. Esta autorización, añade,
fué negada por el nuevo gobernador Nicolás
e Ovando, cosa probable. El mismo día el Al-
irante sufre una tormenta, de la que habla
a frases bíblicas, y realmente conmovedoras:
«La tormenta era terrible, y en aquella noche
e desmembró los navíos: a cada uno llevó por
cabo, sin esperanzas, salvo de muerte; cada
no de ellos tenía por cierto que los otros eran
rdidos. ¿Quién nació, sin quitar a Job, que
o muriera desesperado, que por mi salvación,
de mi fijo hermano, y amigos, me fuése en tal
empo defendida la tierra y los puertos que
, por la voluntad de Dios, gané a España,
dando sangre?»

LA VERIDICA
AVENTURA

En esta tempestad se fueron a pique catorce navíos que el gobernador Ovando acababa de enviar a España, en los que viajaban Bobadilla, Roldán y una parte de los que se habían subleado contra Colón: «Yo vi, escribe su hijo Fernando, la mano de Dios en esta catástrofe, pues de llegar a España no sólo no hubiesen sido castigados como merecían por sus crímenes, sino que hasta tal vez se hubiesen visto favorecidos y preferidos.» ¿No es esto dar implícitamente la razón a los acusadores de su padre al suponer que la reina—la única persona de quien el Almirante no se queja jamás—les hubiese acogido favorablemente y les hubiese distinguido?

Después de haber escapado de esta tempestad, Colón continuó navegando por las Antillas, bajó a la costa meridional de Cuba, tomó la dirección del sudoeste, el 30 de julio descubrió la isla de Guanaja, cerca del continente, en donde surgió al día siguiente; estaba en la costa de Honduras. La siguió hacia el este, dobló el cabo Gracias a Dios el 12 de septiembre, descendió al sur y llegó al país que fué llamado Veragua y erigido en ducado para sus descendientes. ¿En dónde estaba? En el istmo de Panamá. ¿En dónde creía o, mejor, en donde afirmaba categóricamente que estaba? Exacta-

ente a diez y nueva jornadas de camino del
to Ganges. Fueron los indígenas—cuya lengua
o comprendía—quienes se lo dijeron:

«En todos estos lugares adonde yo había es-
ado, fallé verdad todo lo que yo había oído.
Esto me certificó que es así de la provincia de
Ciguare, que según ellos es descrita nueve jor-
nadas de andadura por tierra, al poniente; allí
dicen que hay infinito oro, y que traen corales
en las cabezas, manillas a los pies y a los bra-
zos dello, y bien gordas, y dél sillas, arcas y
mesas las guarnecen y enforran. También di-
eron que las mujeres de allí traían collares col-
gados de la cabeza a las espaldas... También
dicen que el mar boxa a Ciguare, y de allí a
diez jornadas es el río de Ganges...»

Y añade:

«Tambin esto que yo supe por palabra, ha-
bíalo sabido largo por escrito. Tolomeo creyó
bien de haber bien remedado a Marino, y aho-
ra se falla su escritura bien propincua al
cierto.»

Es más que nunca esclavo de los libros, que,
desde el día en que ha creído que Cuba es con-
tinento, le han arrastrado a la esterilidad y a la
desgracia. No tiene más que penetrar en las tie-
rras; después de un corto trayecto, se encontra-
rá ante un océano inmenso. La verdad apare-

LA VERIDICA
AVENTURA

cería por segunda vez, más clara que en la desembocadura del Orinoco? ¿Pero antes que reconocer esta verdad, no se abandonará a todas las suposiciones y a todos los ensueños, aun a los más locos?

¿Para qué explorar estas tierras? Sabe ya que hay allí oro, y lo hay en efecto. Esto concuerda con sus libros, pues Veragua es el país a donde Salomón envió una flota en busca del oro.

«Los señores de aquellas tierras de la comarca de Veragua, cuando mueren entierran el oro que tienen, con el cuerpo. Así lo dicen. A Salomón llevaron de un camino 666 quintales de oro, allende lo que llevaron los mercaderes y marineros, y allende lo que se pagó en Arabia. De este oro hizo doscientas lanzas y trescientos escudos, y hizo el tablado que había de estar arriba de ellas, de oro, y adornado de piedras preciosas, y hizo otras muchas cosas de oro, y vasos muchos, y muy grandes y ricos, de piedras preciosas. Josefo, en su crónica de *Antiquitatibus*, lo escribe. En el *Paralipómenon* y en el libro de los *Reyes*, se cuenta de esto. Josefo quiere que este oro se hobiese en la Aurea. Si así fué, digo que aquellas minas de la Aurea son unas y se convienen con estas de Veragua, que, como yo dije arriba, se alarga

El poniente veinte jornadas, y son en una distancia, lejos del polo y de la línea. Salomón compró todo aquello, oro, piedras y plata, e allí lo pueden mandar a coger, si les aplace. David, en su testamento, dejó tres mil quintales de oro de las Indias a Salomón, para ayuda de edificar el templo, y, según Josefo, era el destas mismas tierras. Hierusalem y el monte Sion ha de ser reedificado por manos de cristianos: quién ha de ser, Dios, por boca del Profeta, en el décimo cuarto salmo lo dice. El abad Boaquín dijo que éste había de salir de España. San Jerónimo, a la santa mujer le mostró el camino para ello. El emperador del Catayo había que mandó sabios que le enseñasen en la fe de Cristo. ¿Quién será que se ofrezca a esto? Si Nuestro Señor me lleva a España, yo me obligo de llevarle, con el nombre de Dios, en salvo.»

¡Catay (China) no está lejos de Panamá que es la Aurea de Salomón! Lo que le urge ante todo es descubrir el paraje que le conduzca al Quersoneso Aureo. ¿Por qué, pues, se ha de perder el tiempo en explorar las tierras? ¡Está en un istmo y busca un estrecho! Costea el istmo y llega al Puerto del Retrete, en donde se detiene, después vuelve a Veragua. El 15 de enero de 1503 entra en el río de Belén. El mes

LA VERIDICA
AVENTURA

siguiente penetra en el país y se acerca al océano Pacífico; falta muy poco para que le descubra desde lo alto de una colina. Pero queda detenido por el descubrimiento de minas de oro cuya explotación comienza infructuosamente.

La noche de Pascua, abandona la tierra de Veragua, sigue de nuevo la costa y llega al Golfo de Darién. Las carabelas llevan ocho meses de vagar sin concierto, a merced del viento, de las corrientes y de las tempestades y al capricho de las quimeras del conturbado almirante. Se hallan las embarcaciones en un estado lamentable. Los hombres de la tripulación están extenuados por las privaciones y las fatigas. Es el viaje de un alucinado, de un poseído. ¡Pero qué sombrío poema del mar, qué descripción de la tempestad escribe! Chateaubriand no lo haría mejor.

«Fallé en el camino al Retrete, en donde me retruje, con harto peligro y enojo, y bien fatigado yo, y los navíos, y la gente. Detúveme allí quince días, que así lo quiso el cruel tiempo, y cuando creí de haber acabado, me fallé de comienzo. Allí mudé de sentencia de volver a las minas ya hacer algo, fasta que me viniese tiempo para mi viaje y marear. Y llegado con cuatro leguas, revino la tormenta, y me fatigó tanto a tanto, que ya no sabía de mi parte. Allí

DE CRISTOBAL
C O L O N

me refrescó del mal la llaga: nueve días an-
ve perdido, sin esperanza de vida. Ojos nun-
vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma.
viento no era para ir adelante, ni daba lugar
ara correr hacia algún cabo. Allí me detenía
aquella mar fecha sangre, herviendo como
ldera por gran fuego. El cielo jamás fué vis-
tan espantoso: un día con la noche ardió
como forno, y así echaba la llama con los ra-
os, que cada vez miraba yo si me había lleva-
o los masteles y velas; venían con tanta furia
spantables, que todos creíamos que me habían
e fundir los navíos. En todo este tiempo jamás
esó agua del cielo, y no para decir que llovía,
lvo que resegundaba otro diluvio. La gente
staba ya tan molida, que deseaban la muerte
ara salir de tantos martirios. Los navíos ya ha-
ían perdido dos veces las barcas, anclas, cuer-
as, y estaban abiertos, sin velas.»

En medio de tantas pruebas, no podía dejar
e recibir consolaciones y nuevas promesas del
ielo. Las tuvo un día en que, hallándose en una
osta peligrosa, muy enfermo con fiebre, cre-
ó que toda esperanza de salvación se había
erdido. Entonces escribió un gran poema bí-
lico dirigido a los soberanos:

«Mi hermano y la otra gente estaban en un
navío que quedó adentro; yo, muy solo, de fue-

LA VERIDICA
AVENTURA

ra, en tan brava costa, con fuerte fiebre, en tanta fatiga; la esperanza de escapar era muerta. Subí así, trabajando, lo mas alto, llamando a voz temerosa, llorando, y muy aprisa, los maestros de la guerra de Vuestras Altezas, a todos los cuatro los vientos, por socorro; mas nunca me respondieron. Cansado, me dormecí, gimiendo. Una voz muy piadosa oí, diciendo: *¡Oh, estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo El más por Moisés o por David, su siervo? Desde que nasciste, siempre El tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que El fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por uyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar Océana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves, y fuistes obedecido en tantas tierras y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el Más Alto por el pueblo de Israel, cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David, que de pastor hizo rey en Judea? Tírnate a El, y conoce ya tu yerro; su misericordia es infinita tu vejez no impedirá a toda cosa grande; muchas heredades tiene El grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró a Isaac. ¿Ni Sara era*

zoza? Tú llamas por socorro incierto. Responde: ¿Quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios, o el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no los quebranta, ni dice después de haber rescibido el servicio, que su intención no era esta y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color a la fuerza; El da al pie de la letra; todo lo que promete, cumple con arrescentamiento. ¿Esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha fecho por ti, y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes que has pasado sirviendo a otros. Yo, así amortecido, oí todo. Mas no tuve respuesta a palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó El de hablar, quienquiera que fuese, diciendo: *No temas; confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol y no sin causa.*»

Todos los biógrafos han reproducido esta página, y la han comentado con entusiasmo. «La admiración suspende nuestra pluma, dice Rodelly de Lorgues. Al transcribir estas expresiones referidas por Colón mismo con una encantadora candidez nos sobrecege un infinito respeto. En la noche de esta visión brilla un reflejo del Horab o del Sinai... El relato de esta consolación celeste, formada de sublimes interrogaciones, revelaciones de lo íntimos re-

LA VERIDICA
AVENTURA

pliegues del corazón, está por encima de toda comparación moderna. Nos hace remontar a los cedros del Líbano, discurrir bajo las palmeras de los profetas, buscar entre las poesías sagradas del Jordán para hallar una elocuencia tan poderosa de energía y de viril grandeza.»

En efecto, es una hermosa poesía bíblica; pero no hay que dejar de señalar que nada tiene de la poesía de un santo, pues pasa por ella un soplo demasiado grande de orgullo absolutamente injustificado.

Hay otras varias páginas poéticas en esta carta a los Reyes Católicos; también hay en ella un grito, una imagen, cuyo sorprendente atrevimiento ha hecho retroceder a los traductores que escriben: «El otro negocio importantísimo exige que tratemos de él inmediatamente...» cuando lo que dice es: «¡ El otro negocio famosísimo está con los brazos abiertos, llamando. Extranjero ha sido fasta ahora.»

Este negocio es el de las carabelas cargadas de oro para la conquista del Santo Sepulcro. Finalmente el profeta invita al mundo entero a llorar sobre él.

«Yo estoy tan perdido como dije; yo he llorado fasta aquí a otros: Haya misericordia agora el cielo, y llore por mi la tierra. En el temporal, no tengo solamente una blanca para el

oferta; en el espiritual, he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho. Aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte, y cercado de un cuento de salvajes, llenos de crueldad y enemigos nuestros, y tan apartado de los Santos Sacramentos de la Santa Iglesia, que se olvidará desta ánima si se aparta acá del cuerpo. Llore por mi quien tiene caridad, piedad y justicia.»

* * *

Cuando escribía esta carta, el 7 de julio de 1503, Colón estaba en Jamaica y hacía siete días que su situación era desesperada. Habiendo partido del istmo de Panamá el 1 de mayo, hizo vela hacia Cuba. Entre estas dos fechas se produjeron acontecimientos graves. La expedición tenía un año de haber salido de Cádiz cuando, creyéndose de nuevo cerca de la China, buscaba desesperadamente un estrecho. Ese año había sido, pues, de locas correrías, sin entrar nunca en un puerto para avituallarse suficientemente y hacer reparaciones serias a los navíos destrozados por una navegación larga y peligrosa, y por una sucesión de tempestades. En

LA VERIDICA AVENTURA

el continente los exploradores entraron en relaciones con los salvajes, algunos de ellos benévolos, y otros poco dispuestos a la amistad. El almirante no estuvo jamás rodeado de un millón de indígenas como pretende, pero eran sin embargo lo bastante numerosos para que el tiempo que se pasa en tierra no pudiera siempre consagrarse a la busca del oro y de las piedras preciosas, ni al reposo. Era necesario rechazar sus ataques y someterlos. Algunos marineros españoles habían muerto a manos de los hombres de la naturaleza, cuyas virtudes ya no celebra Colón. El almirante está enfermo; ha estado muchas veces en artículo de muerte.

Su gente no ha sufrido menos trabajos que él. Los marineros, hombres fuertes y disciplinados, son capaces de arrostrar los peligros mayores, bajo la dirección de un jefe tan intrépido como ellos y que les inspire confianza. Pero hay límites que no pueden traspasar, y, sobre todo, estando bajo las órdenes de Colón. A ellos les falta el poder de las quimeras para que les sostengan; no creen en Averroes, en Marco Polo, en Alfragano ni en Solino; no han sacado certezas cosmográficas, históricas y geográficas de la lectura de algunas citas del *Antiquitatibus* y de los *Paralipómenos*; Jesucristo no se les ha aparecido y no ha venido una voz del cielo pa-

ra reconfortarlos cuando han tenido fiebre. Finalmente, Colón emplea procedimientos inquietantes de que jamás ha usado otro almirante o capitán; se lee en la misma carta de Jamaica este rasgo de petulancia:

«¡Respondan, si saben (los pilotos), adónde es el sitio de Veragua. Digo que no pueden dar otra razón ni cuenta, salvo que fueron a unas tierras adonde hay mucho oro, y certificarlo; mas para volver a ella, el camino tienen ignoto: sería necesario para ir a ella descubrirla como de primero. Una cuenta hay y razón de astrología, y cierta: quien la entiende, esto le abasta. A visión profética se asemeja esto.»

¿Qué quiere decir el almirante? ¡Entre los expertos pilotos que iban en las carabelas de Colón ni uno sólo conocía la ruta seguirla, ni uno sólo sabía en dónde estaban, ni era capaz de volver a Cuba, a la Española, o a España. ¡Y si él hubiese muerto en el camino, o, si por causa de la enfermedad que sufría, no hubiese podido dirigir el viaje, todas las tripulaciones se habrían encontrado en peligro de muerte!

Pero hay algo peor aún. Si el Almirante cree que sus pilotos ignoran el camino de regreso y que para volver a Veragua sin él habría que descubrirla de nuevo, es por la razón de que ha confiscado los mapas que tenían estos pilo-

tos. Este incidente increíble está registrado en la relación de Diego de Parra.

«Los marineros no traían ya carta da navegar que se las había el almirante tomado a todos.» Si este acto del almirante no es de un criminal, es de un loco. Difícilmente podrá sustraerse al dilema.

Diego de Porras añade: «Se decían (los marineros) que el yerro que se hizo al principio había causado gran desconcierto en el descubridor.» Frase sorprendente que es casi una anticipación: los simples marineros afirman, antes de que los acontecimientos se realicen, lo que dirá la verdadera historia, y así deshacen una parte de la leyenda colombina sin esperar a que se haya formado. Un almirante comete un error que le lleva a la impotencia; no hace, no hará más descubrimientos.

¿Qué mapas tenían los pilotos? ¿Cada uno poseía una copia del que había sido hecho en el curso del viaje por el almirante, o más bien por un cosmógrafo encargado de este trabajo que Colón era incapaz de efectuar por sí solo? ¿O bien se habían llevado mapas desde España, en donde ya estaban señaladas las tierras que el almirante iba en camino de «descubrir»? Pregunta absurda, dirán los que no conocen de Colón y de los descubrimientos sino la novela

escrita en el siglo xix. Tomemos de nuevo la *Relación* de Diego de Porras, algunas páginas más arriba. Estamos en el Puerto del Retrete:

«...y en algunas cartas de navegar de algunos de los marineros, juntaba esta tierra con la que había descubierto Hojeda y Bastidas, que es la Costa de las Perlas...»

Así, pues, los pilotos de Colón tenían, aparte del mapa de su propio viaje, los de los capitanes que les habían precedido en esta ruta y habían descubierto el continente antes que ellos. Colón poseía los mismos mapas.

El 20 de mayo de 1499, tres navegantes, Alonso de Hojeda, Juan de la Cosa y Américo Vesputio, asociados para la empresa, cuyos gastos cubrían Hojeda y sus amigos, sin ninguna participación del Estado, habían partido de España, habían llegado a Venezuela y habían explorado toda la costa desde el Esequibo hasta el cabo de la Vela. Volvieron a Europa durante el mes de junio de 1500 con un cargamento de palo de tinte cuya venta pagó todos los gastos de la expedición, y dejó además beneficios. Colón, que sólo buscaba oro, piedras preciosas y especias, no habían pensado en cargar madera. El descubrimiento se continuó hacia el Oeste, hasta el Puerto del Retrete, por Juan de la Cosa y Rodrigo de Bastidas, que partiendo de

*LA VERIDICA
AVENTURA*

Cádiz en octubre de 1500, no terminaron su viaje hasta fines de 1502. En esta fecha Colón había emprendido ya el cuarto. No podía, pues, tener el mapa de Bastidas. Pero tenía el de los navegantes y cosmógrafos Américo Vespucio (¡impostor y ladrón de gloria!, dice la leyenda) y Juan de la Cosa, mapa cuyas copias circulaban entre los mareantes. También existían los de los aventureros, algunos de los cuales era extranjero, que habían ya hecho expediciones clandestinas por las mismas costas; según testimonio de Alonso de Hojeda, algunos ingleses habían visitado la costa occidental de Venezuela en 1500; Vasco Núñez de Balboa señala, en un informe, las incursiones hechas en tierra de Veragua por navegantes «que van a descubrir enviados no se sabe por quién y en nombre de qué autoridad». El sabio Humboldt, que ha contribuído a aclarar estos misterios, añade: «Existían en Sevilla y Lisboa nociones divulgadas por viajeros clandestinos; y los autores de los mapas que se construían entonces, con un ardor extremo, en todas las ciudades marítimas, se servían de estas nociones, falsas o verdaderas.» Cristóbal Colón no llegó al continente hasta después de varios de sus contemporáneos, unos provistos de cartas patentes del Gobierno español y otros aventureros. El posee sus mapas, y

algunos de sus pilotos, que, mejor que él, sabían en dónde se encontraban y son capaces de volver allá, tienen ejemplares de ellos. ¡Y él afirma que posee y quiere guardar el secreto de la situación de Veragua! No se distingue de los que acaban de precederle sino por una originalidad, que es uno de sus errores.

* * *

A fines de abril de 1503, los individuos de la tripulación, extenuados, pidieron la vuelta a España. Ya han tenido que luchar demasiado contra los elementos, las privaciones de toda clase y los indígenas sublevados. Muchos han muerto de enfermedades o heridos por los indios. En las orillas del río de Belén no pudieron escapar a la matanza general sino huyendo y dejando en poder del enemigo, en la desembocadura del río, uno de los bajeles que, desde luego, no estaba ya en condiciones de navegar. El capitán Diego Tristán perdió la vida en esta tragedia, una de las más lamentables entre las del descubrimiento y la conquista. En todo este tiempo, Colón tenía visiones celestes. En Por-

*LA VERIDICA
AVENTURA*

Tobello abandona otro bajel. Ya no le quedan sino dos, que están como los que ha perdido: podridos, comidos de carcoma y llenos de agujeros. Con las embarcaciones, faltan los víveres. Una vez más hay temores de hambre. Es imposible volver a España. Toman la ruta de las Antillas.

«Llegué—escribe Colón—a 13 de mayo en la provincia de Mago, que parte con aquella del Catuyo»; en China, es decir, en Cuba.

La impetuosidad del mar le obligó a volver hacia atrás. La tempestad dura seis días; los navíos han perdido en ella los aparejos y tres áncoras; están «horadados de gusanos más que un panal de abejas». Cuando la tempestad llega a calmarse, los vientos y las corrientes siguen siendo contrarios; las calas de los navíos están llenas de agua y pronto el trabajo de las bombas no basta para vaciarlos. El naufragio iba ya a ser inevitable, cuando por fin pudieron entrar en un puerto de Jamaica, en donde los navíos fueron desechados, desbaratados. Ya eran pontones sin cuerdas, velas ni anclas, incapaces de sostenerse sobre el agua. El almirante dice que Nuestro Señor le condujo milagrosamente a tierra. Si, en efecto, hay un milagro, un solo milagro en su vida, ha sido éste indudablemente.

¿Pero está verdaderamente salvado? Ya les tenemos a todos, almirante, oficiales, marineros supervivientes, en una isla habitada por salvajes, que tal vez sean enemigos, y en donde, en todo caso, no van a encontrar recursos suficientes. Por otra parte se hallarán en la imposibilidad de construir una o dos carabelas para volver a España. Están completamente aislados del mundo y condenados a la suerte más miserable. Sin embargo, consiguen víveres gracias a las habilidad y a la actividad de uno de ellos, Diego Méndez, que recorre la isla, se pone en contacto con los caciques y gana la amistad de algunos. La situación no era menos desesperada cuando el mismo Diego Méndez y un marinero genovés llamado Bartolomé Fieschi, concibieron y ejecutaron un proyecto de un atrevimiento inaudito, que basta para hacer de ellos dos héroes en la historia de la navegación: llevando consigo a algunos camaradas y una veintena de remeros indios, atravesaron en dos piraguas la distancia que separa a Jamaica de Haití. Poco después de su partida, Jamaica se insurreccionó, una parte de la tripulación se sublevó contra Colón y no reconocía más autoridad que la de Francisco Porras, que era uno de los capitanes. Los sediciosos quieren seguir el ejemplo de Méndez y Fieschi, no para ir en busca de un

LA VERIDICA AVENTURA

navío que repatrié a todos, sino para embarcarse en el puerto de Santo Domingo con destino a España. ¡Que el almirante y los que le continúan siendo fieles hagan otro tanto si quieren y pueden!

Pero no realizan su intento Francisco Porras y los revoltosos; apenas han dejado la costa de Jamaica, se ven obligados a volver. Y durante largos meses se suceden—como cinco años antes en Haití—luchas, batallas a veces entre españoles, y después entre indígenas y ambos partidos. El almirante, enfermo, sueña, tiene visiones... Voces suaves descienden del cielo... En cuanto haya recibido refuerzos hará prisioneros a todos aquellos hombres de la naturaleza... Su venta en el mercado de Sevilla le dará muchos millones de maravedises, con ayuda de la Santísima Trinidad... Será el gran jefe guerrero de la cristiandad, conquistará el Santo Sepulcro... Jesucristo le ha prometido oro..., mucho oro. Su hermano Bartolomé le reemplaza e intenta restablecer el orden, mientras regresan Diego Méndez y Bartolomé Fieschi, que tardan en volver.

Y no volvieron. Llegaron a Haití, pero después de haber arriesgado veinte veces sus vidas y las de sus compañeros, los cuales no quisieron tornar a Jamaica con los mismos medios,

tan peligrosos. Vieron al gobernador y le expusieron el estado desventurado del almirante y de los que le acompañaban privados de todo e imposibilitados para retornar a España. Ovando desconfía, sospecha una maniobra de Colón, que quiere volver a la Española, a pesar de la prohibición real. Responde a Méndez que no tiene ninguna carabela bastante grande para repatriar al almirante y a toda su tripulación; pero envía a Jamaica un navichuelo, mandado por Diego de Escobar, enemigo de Colón, con algunas provisiones. Escobar le promete socorro, le exhorta a tener paciencia y se marcha en seguida.

El tiempo pasa. El almirante y sus compañeros se creen ya abandonados de todos, y condenados a morir en medio de un pueblo de salvajes cada vez más hostiles, cuando Diego Méndez, que continúa en la Española, consiguió fletar una carabela venida de España. Al mismo tiempo Ovando se decide a enviar un navío a Colón. Las dos embarcaciones se presentan en Jamaica, mandadas por Diego de Salcedo, factor del almirante. Los supervivientes de la expedición están salvados.

Después de una estancia de dos meses en Santo Domingo, los repatriados hacen vela con rumbo a España, el 12 de septiembre, y arri-

LA VERÍDICA AVENTURA

ban al puerto de Sanlúcar de Barrameda el 7 de noviembre de 1504. El desembarco se hizo esta vez sin aparato.

El cuarto y último viaje de Colón había durado dos años y cuatro meses. Los resultados prácticos fueron nulos, por decirlo así, pues no puede llamarse obtener resultados vagar a lo largo de una costa que otros grandes descubridores han explorado ya o van a explorar, ni empeñarse en formidables errores geográficos que condujeron la expedición a la esterilidad, ni perder una flota y una parte de la tripulación, tener visiones, oír voces celestes y componer un poema bíblico. Tal vez no hay nada más lamentable ni más loco en la historia de la navegación que este viaje; no ha habido ciertamente otro en que el mando de una flota haya dado prueba de tanta incapacidad.

Y desde hace cinco años la actividad y los éxitos de los descubridores tienen algo de prodigioso.

En 1497 y 1498, una expedición de la que forma parte Américo Vespucio, ha explorado el Golfo de Méjico y las costas de Honduras, de Yucatán y de la Florida.

En 1500, Cabral descubre el Brasil.

En 1499 y 1500, Alonso de Hojeda, Vespucio y Juan de la Cosa descubren la costa de Venezuela.

En enero de 1500, Vicente Yáñez Pinzón parte de Palos, cruza el primero el Ecuador, sigue la costa del Brasil, llega al Cabo de San Agustín, al grado 8 de latitud Sur, penetra en el delta del Amazonas, descubre la isla de Tabago y vuelve a Palos en septiembre con un cargamento de palo tintóreo. Poco después Diego de Lepe dobla el Cabo de San Agustín y se da cuenta de que la costa brasileña se continúa al Sudoeste entre los grados 8 y 11 de latitud Sur.

En 1501 el portugués Gonzalo de Coelho, prosigue esta exploración más hacia el Sur. Américo Vesputio, cosmógrafo de la expedición, adquiere la certidumbre de que el Brasil forma parte de un gran continente. El mapa de la América del Sur comienza a dibujarse. A partir de 1501 las expediciones portuguesas se multiplican.

En 1501 y 1502 los portugueses y los comerciantes ingleses exploran la América del Norte, descubierta por Cabot en 1497.

En 1502 un mapa portugués prueba que la Florida ha sido explorada minuciosamente.

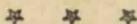
En 1504, los normandos y los bretones llegan al Canadá; en algunos mapas españoles y portugueses de la época la desembocadura del San Lorenzo se llama Tierra de Bretones.

LA VERIDICA AVENTURA

Finalmente se ha realizado el periplo del Africa.

El mundo conocido se agranda prodigiosamente; muy pronto aparecerá en toda su amplitud.

«¡No!—grita Colón, prisionero siempre de las teorías geográficas de los antiguos, de Solino y de Alfragano—. El mundo es más pequeño de lo que se cree.» Repite hasta la saciedad: «seis partes de tierra y una sola de agua». Su último hallazgo es el siguiente: la distancia de Panamá al río Ganges es la misma que la de Tortosa a Fuenterrabía o la de Pisa a Venecia. Esto lo escribió en 1503. Hace dos años que Américo Vespucio sabe que el Nuevo Mundo es un continente.



En España, lo mismo que en el resto de Europa, ya no se interesaba nadie por Colón; su nombre había caído en el olvido. Su papel había terminado en 1493, a la vuelta de su primer viaje. Había encontrado una ruta marítima hacia el Oeste; pero desde esta fecha, escucharle hubiese sido un obstáculo para la continuación de

los descubrimientos. No obstante, se aferra con sus afirmaciones, pues nada—ni hechos ni experiencias—, son pruebas contra sus teorías. Desembarcó muy enfermo en Sanlúcar de Barrameda pensando en regresar a Panamá o Venezuela para buscar allí el Estrecho que le conduciría al Quersoneso Aureo.

Algunos días después de la llegada de Colón, muere la reina doña Isabel, el 26 de noviembre de 1504. Esto representa el fin de la carrera del almirante. Ya no le queda nada que esperar. El rey, que no siente ninguna simpatía por él, le evita como a un importuno cada vez que hace una gestión para reivindicar sus privilegios, y para que se le devuelva el gobierno de la Española que quiere transmitir a su hijo. Durante dos años, el desventurado almirante va de decepción en decepción, sin caer, de todos modos en la miseria de que habla en una carta que la leyenda ha exagerado. Murió en Valladolid el 21 de mayo de 1506. Su muerte pasó inadvertida; ningún cronista contemporáneo habla de ella.

Siete años después, en septiembre de 1513, un navegante español, Vasco Núñez de Balboa, explorando la tierra de Panamá, vio una gran extensión de agua, descendió a la orilla y comprendió que se hallaba ante un mar inmenso.

*LA VERIDICA
AVENTURA*

Entonces entró él en el agua, teniendo en una mano su espada y en otra el estandarte de Castilla, y tomó posesión del Océano Pacifico.

América estaba ya verdaderamente descubierta.

Pero, una vez más, el cosmógrafo había precedido y anunciado al descubridor. En 1512 se publicaba un mapa en el que se veía el istmo de Panamá y las tres cuartas partes de América del Sur; entre sus costas occidentales y las costas del Asia se extendía un océano, más grande que el Atlántico. Este mapa era obra de un cosmógrafo polaco, Stobnieza, de Cracovia.

F I N

ÍNDICE DE MATERIAS

Páginas.

<i>Capítulo Primero.</i> —El descendiente del vencedor de Mitrídates en el convento de los franciscanos cosmógrafos de la Rábida.	1
<i>Capítulo II.</i> —Los orígenes de Cristóbal Colón, su residencia en Portugal, su pretendido viaje más allá de Thule y su proyecto de descubrir islas.	45
<i>Capítulo III.</i> —Los sinsabores y el éxito del hombre dominado por una idea fija.	69
<i>Capítulo IV.</i> —El primer viaje, la poesía del Océano y el misterio de la isla de San Salvador.	121
<i>Capítulo V.</i> —Cristóbal Colón descubridor de Antilia, del hombre natural y de la poesía de los países tropicales.	165
<i>Capítulo VI.</i> —Colón, que había partido para Antilia, vuelve de las Indias, organiza su propaganda y prepara un nuevo viaje.	211
<i>Capítulo VII.</i> —Colón descubre a los caníbales, provoca sublevaciones de indígenas y españoles de Haití y crea el comercio de exportación de esclavos.	259
<i>Capítulo VIII.</i> —Un Don Quijote que se ha aficionado con exceso a las novelas de caballerías marítimas y bíblicas, y un almirante que merece la horca.	305
<i>Capítulo IX.</i> —El último viaje del Descubridor, sus alucinaciones y su muerte.	341

ESTE LIBRO SE ACABÓ
DE IMPRIMIR EN LA
IMPRESA MARTOSA
EN EL MES DE
SEPTIEMBRE DE
MCMXXVII





R28840